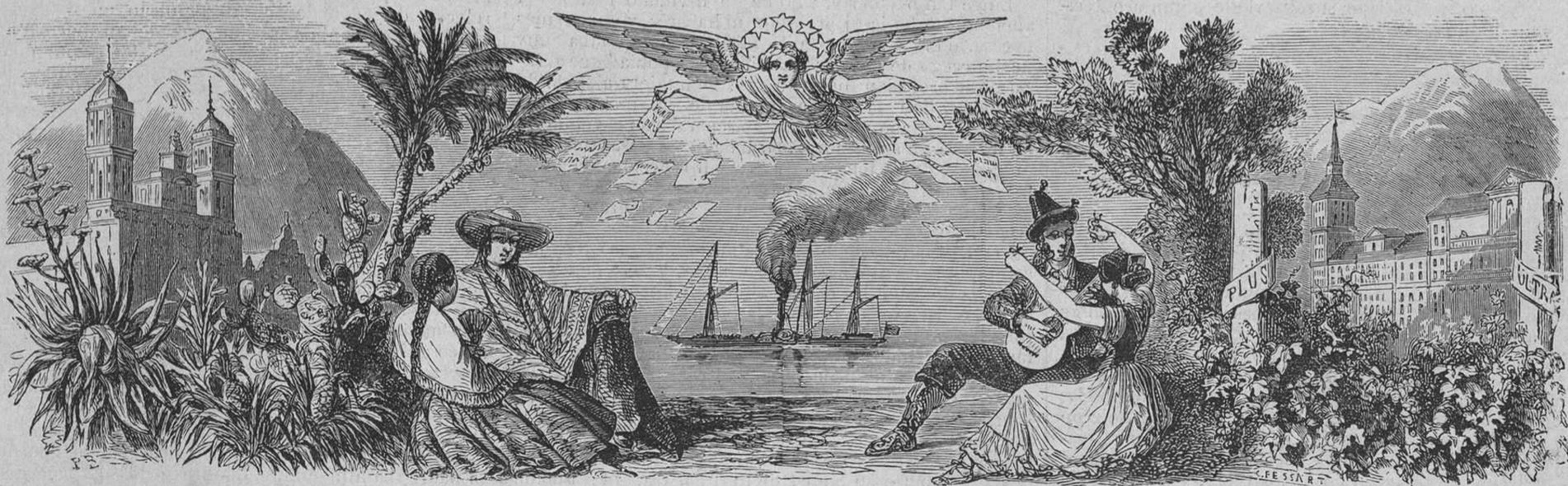


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — TOMO XXIX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 26. — N° 730.

SUMARIO.

Correspondencia de Roma; grabados. — **Las dos hermanas.** — **Romance.** — **El marqués de Caxias, general en jefe del ejército brasileño de expedición en el Paraguay;** grabado. — **El mariscal de campo Polidoro, del ejército brasileño;** grabado. — **Humaita;** grabado. — **Aniversario de la independencia en Bahía;** grabado. — **Revista de Paris.** — **Bertilda, leyenda bretona.** — **Los jardines públicos de Paris durante el invierno;** grabado. — **El mes de diciembre, último dibujo ejecutado por Gavarni;** grabado. — **Revista de la moda.** — **Crichton.** — **El abate Coquereau;** grabado. — **Teatro Lírico;** grabados. — **El balcón llamado de Carlos IX, en el Louvre;** grabado. — **La Marquesa de Pinarens.** — **Medalla conmemorativa de la reunion del Véneto a la Italia;** grabados. — **Incendio de la hilandería monstruo de Roubaix;** grabado.

Correspondencia de Roma.

El autor de los dibujos que publicamos en este número sobre la salida de las tropas francesas del territorio pontificio y la despedida de la oficialidad en audiencia solemne, escribe las siguientes líneas:

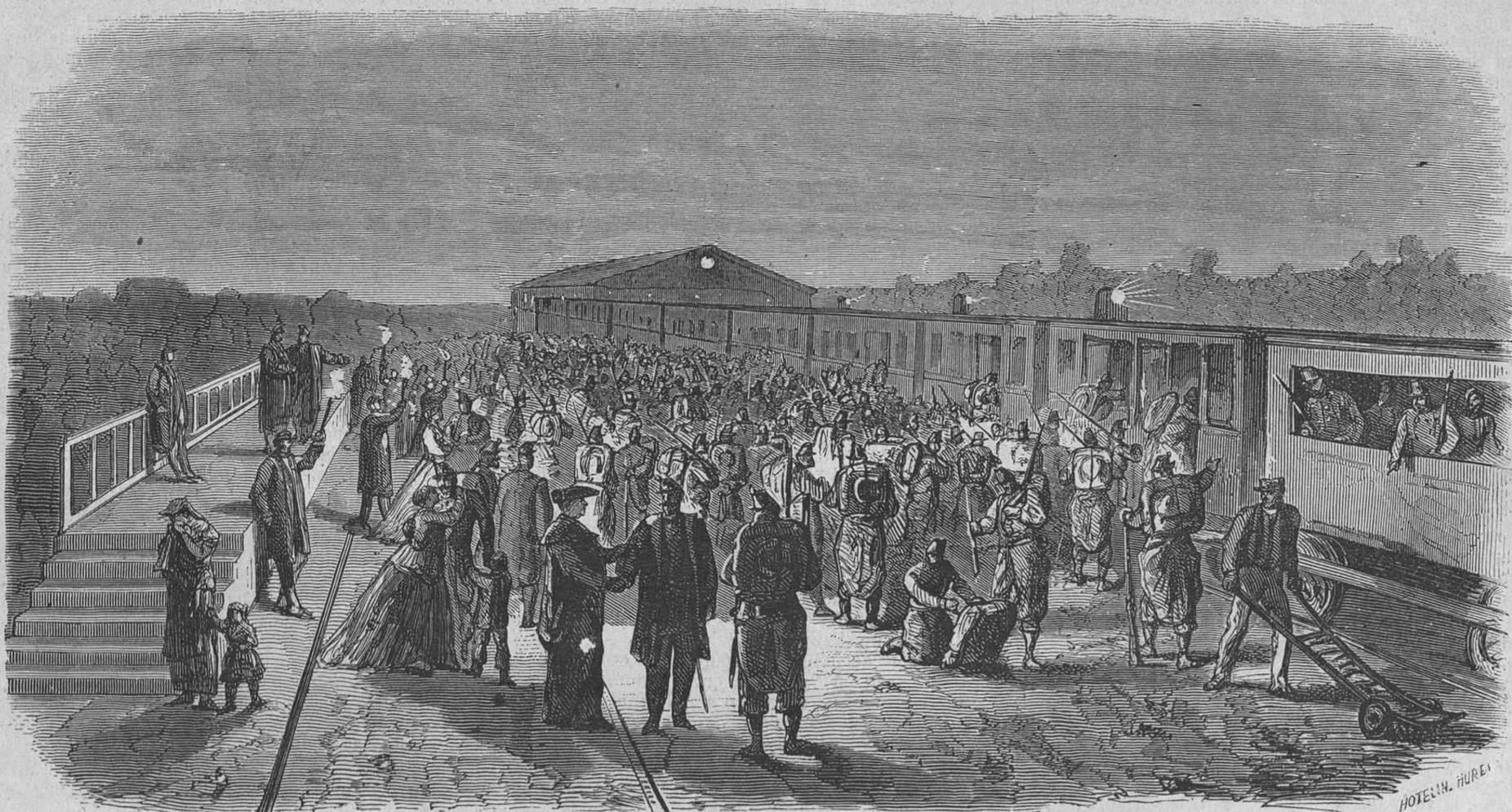
« La Francia acaba de ejecutar el convenio de setiembre. El día 11 la bandera francesa fué reemplazada en el fuerte del Santo Angel por la bandera pontificia. Sin tratar de las consecuencias de este grave acontecimiento, voy á consignar en esta carta las impresiones que la salida de la division mandada por el general de Montebello ha hecho nacer en las regiones gubernamentales.

» Todo el mundo está aquí convencido de que este suceso ha producido en la Santa Sede una impresion

profunda; pero lo que es públicamente, no ha causado ninguna turbacion de ningun género.

» Las tropas francesas han evacuado Roma con el menos ruido posible. Todos los dias, á las cinco de la mañana, un regimiento tomaba el ferro-carril, y llegado á Civita-Vecchia se embarcaba. Este movimiento no ofrecia nada interesante.

» El 6 de diciembre fuí al Vaticano con el objeto de sacar el dibujo de la sala del Consistorio; pero tuve muchos tropiezos para entrar, pues esta sala no se halla abierta al público, es la del Consistorio secreto; en tanto que la otra, donde se celebra el consistorio público, puede visitarse á todas horas. Por fin llegué á la antesala del papa, y allí me encontré con un camarero secreto que me aseguró no habia consistorio. Sin embargo, supe que al otro dia debia tener lugar la ceremonia de la despedida de los oficiales del papa, y aun-



Las tropas francesas saliendo de Roma. — El 83° de linea en el ferro-carril el 3 de diciembre á las 6 de la mañana.

que no sin dificultad, logré ser admitido, de cuyo modo pude hacer un dibujo de la sala explicándome la escena el mismo camarero. Es de advertir que aquí está prohibido hacer dibujos ó fotografías, por manera que la vista que envío puede considerarse como un trabajo inédito.

» A las doce en punto Pío IX recibió á la oficialidad francesa, y la entrevista fué cordial hasta lo sumo. Los oficiales se retiraron despues de haber recibido del papa la bendición apostólica.

» No dejaré de escribir si sobreviene algun acontecimiento de importancia. »

Z.

Las dos hermanas.

Hacia el extremo setentrional de Inglaterra, hay un yermo dilatado que en otro tiempo fué propiedad de las dos familias mas opulentas de la provincia. Esta parte del territorio es conocida con el nombre de *balldio*. Habiéndose visto obligadas las familias de que acabo de hablar, á abandonar por los acontecimientos que voy á referir las residencias hereditarias de sus abuelos, confían el régimen de sus propiedades á mayordomos codiciosos. Bien pronto los arrendadores, acosados por las tropelías de los dueños subalternos, se desentendieron de renovar sus escrituras. Las zarzas y los espinos, saqueados por los pobres, que hacían de ellos haces para el invierno, no tardaron en desaparecer, y el cardo y la ortiga cubrieron de maleza estéril aquellas grandiosas llanuras tan fértiles poco antes. A veces los ladrones, los gitanos, los cazadores venían á buscar allí un asilo, pues, á excepcion de estos huéspedes malhechores, solo las liebres fugitivas, las comadreja y las zorras habitaban aquellos rincones.

Los dos castillos no son hoy dia mas que ruinas. Cuando los mayordomos á quienes confiaran estas heredades vieron que no se les pedia cuenta alguna, y que se olvidaban de sus oficios y de ellos mismos, no se afanaron por reparar ó conservar aquellos edificios desatendidos por sus propietarios, y el tiempo y las estaciones se aunaron para completar una asolacion que nadie pensaba en precaver. Arruináronse las ventanas, cayéronse las puertas convertidas en polvo, y los guardianes, habitantes efímeros de estas ruinas prematuras, huían de un aposento á otro, donde la destruccion les perseguía y les arrojaba de él bien pronto. Por fin el gran salon de recibimiento fué el último asilo de nuestros mayordomos, dejando marcadas sus huellas en los tapices de Turquía, y en los rasos y terciopelos de las otomanas, entregados á los dientes de los cachorillos de caza, que ensayaban sus fuerzas convirtiendo aquellas ricas telas en andrajos. Fueron desplomándose luego los papeles pintados; los retratos de la familia arrastraron en su caída los clavos que los sostenían, y la techumbre desmantelada dió paso á la lluvia, que humedeciendo los ladrillos, penetrando las vigas y calando hasta en las partes mas sólidas del edificio, completó su desmoronamiento. Cuando estuvo inhabitable, desocuparon la plaza desmantelada, no sin procurar guardar los muebles que, salvándose del exterminio comun, fueron á adornar el nuevo domicilio de aquellos fieles y desinteresados servidores.

De esta suerte acabó la gloria antigua de los dos feudos de Heroncliff y de Hazledell. Véanse aun hoy dia igualmente arruinados el uno y el otro, pero en pie como dos pertinaces atletas que una larga lid no ha podido fatigar enteramente. Sus paredes enmohecidas y pintarajadas de mil colores se elevan á una milla de distancia una de otra. Ningun viviente puebla su soledad, ni anima con su presencia el asolado pais que los rodea, y apenas algunos gorriones describen allá sobre los paredones ruinosos las caprichosas curvas de su vuelo, y algunos cuervos de un siglo van á buscar su alimento en medio de los espesos matorrales. En cuanto á los campesinos de las cercanías, aquellos parajes solitarios son para ellos objetos de terror, sitios malditos en cuyo recinto no se atreven á penetrar.

El último propietario de Hazledell era un anciano de índole extraña. Todos le amaban, y nadie quería vivir con él. Enojadizo, bienhechor, regañon, tacaño y benévolo, habia obligado á todos sus parientes á abandonar-le; el uno por haber intentado condolerle á favor de un deudor insolvente, á quien habia resuelto ya descargar de la deuda; el otro por haber distribuido á los menesterosos con demasiada parsimonia los socorros que el anciano les destinaba; un tercero por haberse dejado ganar muy fácilmente una partida de ajedrez; el cuarto por haber abandonado por política una discusión, en la que nuestro buen viejo se complacia en sostener una causa que no podia defenderse sino con razones disparatadas. Solo una persona en el mundo tenia la llave de tan extraño destemple: este era su sobrino, compañero fiel y sosten de su vejez. Sabia asirlo, como dice el vulgo, y hacia de él todo lo que quería. Un tacto delicado le enseñaba hasta qué punto sus debilidades y ridiculeces toleraban la chanza, y hasta dónde llegaba la libertad que concedía á sus amigos. Nunca le recordaba su edad, usando en su comunicacion con él aquel yerto respeto, aquella urbanidad ceremoniosa que advierte á la vejez de sus derechos y de su aislamiento. Hábil en complacerle, le hacia pasar á su albedrío del enfado al júbilo, de este á la seriedad; le divertía é im-

pacientaba sucesivamente, y daba á la insulsez de los dias pasados en un rincon del hogar todo el embeleso de una agraciada variedad. Cuando Viberto (tal era su nombre) habia hecho una correría por los alrededores, venia á contar á su tío la historia de ella, de una manera tan alegre, tan traviesa, que el buen hombre se consolaba de la fuga del tiempo, y que en vez de regañar á su sobrino por su larga ausencia, parecia encontrar en sus alegres relaciones nuevas fuerzas para el dia siguiente, y un manantial de vida desconocido.

Entre tanto Viberto, hijo de un hermano menor del anciano, no tenia ni profesion ni haberes, y cuanto mas necesario era á su tío, tanto mas este, que estaba muy hecho cargo de aquella necesidad, se oponia á que abrazase una profesion lucrativa que le hubiera alejado de Hazledell. Con la flojedad propia de un mozo genialmente despejado y dadivoso, no reparaba en lo venidero. La lindeza de su estampa, su halagüeña desenvoltura y el agasajo de su temple le merecian la aceptación general, y solian las muchachas explayarse acerca de su garbo, su tez blanquísima y su cabellera grandiosa y rizada. Cuando se presentaba en algun baile del condado (1), asestábansele los ojos mas lindos, los hidalgos campesinos cercaban á nuestro héroe, y mas de cuatro guantes de piel de cabra, alternativamente puestos y quitados para hacer resaltar la blancura de una mano, solicitaron en balde la atención del mozo peregrino, mas tan empedernido como el Hipólito de Eurípides.

Las señoritas desdeñadas podían consolarse pensando que sus compañeras no eran mas felices que ellas. Por otra parte, la conquista del jóven Viberto por brillante que fuese, no era la única que se ofrecía á sus esperanzas: el heredero Heroncliff, el jóven Márcos, aventajaba á Viberto en bienes de fortuna. Era el tal uno de aquellos señorones ensimismados que parecen enteramente embargados en calar á los demás, sin dejarse distraer ellos mismos; sus ojos allá metidos en sus cuencas, su frente estrecha y fruncida, y sus labios delgados afeaban sus facciones regulares, pero que carecían de halago y expresion. Las madres lo conceptuaban atinado y comedido, y las jóvenes le tachaban de hipocresía. Despegado de suyo, y seguido á cada hora de su jauría y sus monteros, nada mostraba en él un natural generoso, un alma capaz de sacrificios y amistad. Sin embargo, algunos sugetos bondadosos, y entre ellos, Viberto, le sinceraban de tales notas, á que le exponían su exterior y sus entretenimientos. Viberto afirmaba que era apocamiento receloso, nacido de una educacion escasa, de que estaba hecho cargo de continuo, y que mas bien merecia que se le condoliese que ser aborrecido.

Esta benévola observacion no era desacertada, pero estaba lejos de encerrar el último rasgo de aquella índole, el rasgo fundamental de su alma. Márcos habia nacido envidioso; se comparaba continuamente con los demás, y el concepto de su inferioridad, en vez de reportarle, le enardecía mas y mas en sus ímpetus aciajos. Su desconfianza le solia acarrear ira concentrada y objetos de pesar que sabia encubrir; veía por todas partes enemigos, lazos, escarnios é ironía. La mas escasa contradicción, aunque expresada con suavidad, le parecia un insulto; y el pechi-abierto Viberto se estrellaba en extremo con aquel interior nubloso y ese espíritu suspicaz. Lo que hubiera podido malquistarlos mutuamente fué, sin embargo, el origen de su amistad, y se unieron por lo mismo que no se parecían. Se les vió cazar juntos, visitar las mismas casas, ir á los mismos bailes; y la presencia y la amistad de Viberto enardecían á Márcos, y le hacían caminar á derechas y con seguridad. En cuanto á Viberto, fatigado ya de las preocupaciones matrimoniales de las madres y las hijas, le daba poco cuidado presentarles un nuevo cebo y desviar así su atención.

Además, la indiferencia de Viberto no era general, y no se debe atribuir aquel despego, que tanto desesperaba á las hermosas del condado, á su profundo saber. Vivía á algunas millas de Hazledell una familia distinguida por su nacimiento, pero de costumbres sencillas y retiradas. Los habitantes de Silvermere (tal era el nombre de ese castillejo, situado cerca del lago del mismo nombre) no buscaban la felicidad sino en el regazo de la familia, en un rincon de sus propios hogares. Hermoseaban esta soledad dos jóvenes, María y Edita: María, la mas jóven, tenia unos ojos negros, una gordura gallarda, y una regularidad de facciones, junto con una delicadeza y una gracia en extremo peregrinas. Edita, con sus largos cabellos rubios, mas pequeña de estatura, siempre risueña, juguetona, y con su ligereza la mas vivaracha del mundo, realizaba aun con aquella contraposición el atractivo y la dignidad melancólica estampadas en la fisonomía y en el conjunto de su hermana. Viberto, introducido en esta familia y acogido con mucho agasajo por los padres, habia llegado á ser el huésped predilecto de Silvermere. La inocente alegría de Edita le habia cautivado desde luego; pero delante de la hermosa María, mas silenciosa, mas halagüeña, mas reservada, sentía allí cierto impulso que no podia vencer, y que no siempre ocultaba.

— Vamos, le decía Edita, caballero, ¿á qué viene esa traza tan angustiada? ¿Temeis que la familia y el castillo de Silvermere no os labren aquellos lazos secretos y aquellas misteriosas emboscadas con que cuajan los novelistas los castillos de los Apeninos? Os equivocáis: todos somos buena gente. Nuestros padres han tenido un gran afán por descubrir los tempranos talentos de sus hijas, que han echado á perder, como veis. ¿No soy

(1) *County-ball*, especies de cercados ó cotos.

por lo que toca á educacion, un modelo perfecto? Hago todo lo que se me antoja; contraresto á los demás en cuanto puedo; á nadie obedezco, y desde mi padre hasta vos, todos reciben aquí mis órdenes soberanas. En cuanto á María, mi hermana pequeña, es tan mal individuo como yo, aunque de otra manera. Es el pedante de sir Cárlos Grandison. No hace nada sin reflexionarlo bien, ni dice nada sin haberlo pensado mucho; ya veis pues, que se me parece muy poco. A pesar de todo esto, su mérito su reduce á poquísimo. Da todo su dinero á las tías campesinas que vienen á enternecerla con la relacion de sus males, y que emplean en comprar su aguardiente del alma las limosnas de mi hermana. A veces es alguna jóven desnuda de todo que pide á María dos ó tres chelines para su anciano padre; chelines que son destinados á completar el vestido de la heroína, que el domingo siguiente se presenta en la iglesia, toda relumbrante con sus cintas encarnadas. Os juro que no sé qué ángel descenderá del empyreo para satisfacer los deseos y corresponder á los anhelos de mi hermana, que quisiera un mundo perfecto, y se desconsuela porque no puede lograrlo. Al menos yo, que solo espero encontrar el mundo tal cual es, no quedaré engañada. ¡Pero María! en medio de nuestras jóvenes, enemigas todas y celosas, y de nuestros fatuos de provincia que van llevando de hermosa en hermosa su constancia á toda prueba, ¡qué quereis que sea! Su único asilo es un convento. De lo que concluyo, señor Viberto, que las dos estamos muy mal educadas, y que mi hermana lo es mucho mas que yo; lo que no debe estorbaros que vengais á vernos de cuando en cuando.

Se deja inferir que Viberto se aprovechó del permiso. El padre iba á menudo á Lóndres para sus negocios, y la madre, que estaba enferma, no salía de su cuarto. La amabilidad del jóven suavizaba la soledad de las dos hermanas, quienes le esperaban con impaciencia y le echaban de menos cuando partía. La amistad entre Edita y Viberto era una asociacion de diversiones, de regocijo, de locura, de niñez; pero entre él y María se establecia poco á poco, y sin advertirlo ni el uno ni el otro, una intimidad mas secreta, mas misteriosa. Se sabe qué agolpamiento de zozobras, de impulsos, de anhelos y de vaivenes brota de aquellos lazos invisibles que se encuentran indisolubles, antes que se haya pensado en formarlos ó romperlos. Una confianza mutua enlazaba á María con Viberto, sin que pensasen ni uno ni otro en amor; porque Viberto, sin haberes, sin estado, no podia aspirar á la mano de María.

Entonces fué cuando, reflexionando en el vínculo que acababa de formar, y en el cariño entrañable y sumo que aquella jóven le infundía, pensó formalmente en la situacion en que se hallaba. Era ya tiempo de que entablase una profesion cualquiera, de que labrase su porvenir, y de poner coto á una vida tan haragana que solo podia conducirle á profundos pesares y que debía imposibilitarle un establecimiento decoroso. ¿Se casará María con un hombre cuyos recursos son momentáneos y volanderos, que no puede esperar nada de los caprichos de su tío, y que no puede ofrecer á su mujer ni un nombre, ni bienes de fortuna, ni una colocacion?

Un dia, volviendo de Silvermere, resolvió Viberto rasgar en fin el velo y confiar á su tío sus zozobras, sus proyectos y sus intentos. Su tío estaba cómodamente sentado en su enorme poltrona, con los piés metidos en sus crecidas chinelas: una lluvia de noviembre hacia estremecer los cristales de las ventanas de la sala, y ardía en el hogar una grande lumbre. Viberto creyó deber aprovechar aquel momento favorable.

— Viberto, le dijo el tío, ¿qué expedicion has hecho hoy?

— He estado en Silvermere.

— Se dice que acostumbras ir allá todos los dias. ¿A quién ves en el castillo?

— A María de Silvermere...

— ¡Ah!... dices, sobrino, que es hermosa, que tiene talento, que es atinada. ¿Por qué no la tomas por esposa? Vendría aquí á hacernos el té, y todo iría á las mil maravillas.

— ¡Oh! yo no deseo otra cosa; pero no soy bastante rico.

— Se puede doblar tu pension.

— Mi querido tío, creo que los padres de María no darán su hija sino á un hombre que pueda ofrecerla una casa y un establecimiento honroso.

— Tambien podemos hacer esto, Viberto. Dividiremos la casa, que es bastante grande, entre los dos. Los ladrillos y la argamasa lo compondrán todo. Dividámoslo todo, caballerizas, cocheras, caballos; hagamos renovar la carroza y repintar las arnas de la familia. En fin, como te plazca, muchacho. Haz las variaciones que creas convenientes; todo lo apruebo de antemano. Te has portado bien conmigo; me has consolado en mi vejez; yo soy enfadoso y harto desagradable, y con todo no me has abandonado; justo es pues, que no lo desmezcas.

— Esta última prueba de generosidad, querido tío, no hace mas que aumentar mi agradecimiento, y os aseguro que no tenia necesidad de ella para conocer todo lo que os debo. Os juro que mi intencion no es levantar un nuevo impuesto sobre vuestra benevolencia. Quiero tan solo consultaros y saber de vos si pensais que es tiempo ya de elegirme una profesion y prepararme una existencia segura.

— ¡Una profesion que te obligase á abandonar á Hazledell!

— Temo mucho que cualquiera profesion seria incompatible con mi permanencia aqui. »

El rostro del tío se bañó de encarnado, y frunció las cejas.

— ¡Viberto abandonarme en mi vejez, cuando no tengo otro arrimo que él! ¡Arrebatarme el único recreo que me queda, mi único apoyo! ¡Dejarme á la merced de esos asalariados que me robarán, y á quienes colmaré en vano de mis beneficios, sin lograr su afecto! Reflexiona todo esto, Viberto, y dime qué profesion, qué esperanzas de fortuna pueden entrar en competencia con estos sentimientos.... Espera algunos meses mas, amigo mío, tal vez algunas semanas, deja á tu tío que descienda en paz á su sepulcro. Te prometó que no tendrás que esperar largo tiempo... Reduciré mis gastos, economizaré para tí, y hasta estoy pronto á despedir á mis antiguos criados... Y ya que no me es posible hacer pasar á tí un patrimonio que la ley y la equidad destinan á otros, al menos podré reservarte una cantidad de dinero bastante considerable para indemnizarte despues de mi muerte y reemplazar lo que hubieras podido ganar abrazando la profesion de que me hablas... Por lo tanto, Viberto, si quieres partir, hazlo. Prefiero estar privado de tí, y permanecer aquí abandonado, miserable, enfermo, que tener á mi lado un hombre cuyo mas ardiente deseo seria mi muerte.

Hubiera sido inútil raciocinar con un anciano cuya agitacion hacia correr por sus mejillas arrugadas copiosas lágrimas.

— Pues bien, repuso Viberto con un tono de desesperacion concentrada, mi querido tío, sosegaos, os ruego, y no os atormentéis mas. María encontrará un partido mucho mas ventajoso, y yo... yo permaneceré á vuestro lado, como hasta ahora.

Desde este momento Viberto echó el resto para hollar una pasion que debia causar la infelicidad de María y la suya propia. Sus visitas á Silvermere fueron menos frecuentes y menos íntimas, y dejó de tomar parte en las diversiones de las dos hermanas. Ellas repararon esta variacion de conducta, y María, aunque se hacia cargo de que la cordura mandaba y el decoro aprobaba estas precauciones, no por esto las sintió menos. Las dos hermanas, á quienes sus padres no habian presentado todavía al gran mundo, entraron en él, y el asombro causado por su hermosura las rodeó de aspirantes. Edita con su despejado alborozo les divertia sin darles valor. María se manifestaba despejada, decorosa y recatada. El lindo sonrosado se habia trocado en una palidez que estaba desmoronando su interior, y era tristísima su sombra. Viberto no comparecia nunca en los bailes en que ella se encontraba, y María oia decir que se habia dejado ver en los que ella no sobresalia.

Entre tanto el rumor público señalaba á cada hermana una lista de supuestos novios, y Viberto, á pesar de la vehemencia de sus resoluciones, no escuchaba sin quebranto aquel falso catálogo. Es tan egoista el amor, que aun renunciando al objeto que habia escogido, cree conservar sobre él un poder imaginario: sabe crearse no sé qué vaga confianza en un porvenir incierto, y el que viene á destruir este sueño, le acosa destruyendo para siempre sus fantásticas esperanzas. De esta suerte Viberto, despues de haber dejado de tributar sus atenciones á María, estaba padeciendo un martirio lento, al paso que la fama llevaba á su noticia los nombres de algunos nuevos pretendientes á la felicidad que él habia orillado. Pero cuando supo por las hablillas que Márcos de Heroncliff estaba de continuo al lado de María, y que esta acogia favorablemente sus atenciones, el dolor del desventurado rayó á lo sumo. ¡Márcos! ¡Aquel á quien habia mirado siempre como el amigo de su corazon, como el único confidente de su cariño! ¡Márcos, que habia confesado á Viberto su pasion á Edita, y á quien habia visto todos los dias, sin recibir de él el mas leve asomo de aquella mutacion! ¡Qué perfidia! ¡Qué objeto de desesperacion! ¡Y María! ¡Con qué facilidad habia olvidado un afecto tan halagüeño y entrañable! Viberto se desatinaba con tan inapeables cavilaciones, y terminaba siempre exclamando: « ¡Qué me importa todo eso! ¡eso no me atañe! » Vano conato de su orgullo para triunfar de su quebranto.

Esta noticia, que tanto lastimaba á Viberto, y de la cual, sea por despique ó por engreimiento, no habló á Márcos, tenia sus visos de racionalidad. Los celos que constituian el móvil de los pasos de este, le imposibilitaban toda intimidad entrañable. Introducido por Viberto en la familia de Edita y María, reparó bien pronto su estrechísima concordia, y flechado por la beldad de María, habia encaminado sus rendimientos á Edita. Entre tanto el logro de su amigo le llagaba y perseguia secretamente, y así, cuando las visitas de Viberto á Silvermere fueron menos frecuentes, redobló sus instancias. Como habia tributado sus atenciones á Edita, toda la familia creyó que era todavía el objeto de su cariño; y María se alegraba de tener un caballero que pudiese servirle de salvaguardia permanente contra el sinnúmero de aspirantes que la estaban acosando. Insensiblemente se acostumbraron todos á verles siempre juntos, y se sacaron de esta circunstancia consecuencias bastantes naturales en sí mismas, aunque en la realidad falsas. Márcos no pensó sino en aventar del corazon de María el afecto que abrigaba todavía por Viberto. Ora le manifestaba un dolor fermentado, ocasionado, segun decia, por los excesos á que se entregaba su amigo; ora le decia que habia oido á Viberto hablar de ella con una indiferencia casi indiscreta. Despues de haber labrado de este modo el camino, hizo su declaracion; recibió por toda respuesta una repulsa positiva, y se retiró con el corazon traspasado de saña. Este hombre,

que no habia amado nunca á nadie, y que se miraba ya como esposo de María; aquel ente engreido, envidioso, altanero, en vez del resultado que se prometia, y que sus maniobras habian tan esmeradamente dispuesto, no recogia por fruto de sus afanes sino la vergüenza de una repulsa y el concepto de su propia ruindad.

Hasta el momento en que Márcos descubrió á la mas jóven su cariño, las dos hermanas no habian hablado formalmente entre sí de las atenciones de este y de la ausencia de Viberto. La tarde de esta catástrofe, el heredero de Heroncliff, pálido de saña y de envidia, abandonó á Silvermere y las hermanas, las cuales fueron despues de su salida á pasearse por el parque. El sol de occidente bañaba de matices purpúreos las cimas de los árboles, sin alumbrar las revueltas del parque, sin esclarecer la sombra oscura que reinaba en sus andenes. Las hojas amarillentas cubrian el suelo, y Edita y María pasaron por delante del invernadero, donde el año anterior, en la misma temporada, se encontraba Viberto con la que amaba. La hermana menor se estremeció.

— María, le dijo Edita abrazándola por el cuello, tú estás enferma, y hace mucho tiempo que reparo tu estado. Esperaba que te moverian las atenciones de Márcos y disiparian tu pesar; pero veo que, en vez de mitigarse, crece mas y mas cada dia, y si he guardado silencio hasta ahora, ha sido porque temia que maliciases me encelaba por las atenciones que te tributaba el heredero de Heroncliff.

— ¡Oh! ¡Dios mío! ¿y has podido, Edita, engañarte hasta ese punto? ¿me he propasado en mi conducta, para darte á creer que Márcos me cuadraba? Si le he sufrido á mi lado, ha sido tan solo por tí.

— Es un hombre, María, á quien aborrezco, y si no hubiese pensado que su presencia te distraeria un poco, te hubiera aconsejado tiempo hace que lo alejaras de tu lado. Pero fuera pamemas. De un año á esta parte tu salud se deteriora: á menos pues que no quieras ser á un tiempo la causa de mi desgracia y la tuya, déjame escribir á Viberto. Querida María, permite que le escriba. Mis cartas son un poco locas, y no tendrán ninguna consecuencia desagradable. Le rogaré tan solo que venga á bailar con nosotras el dia de mi fiesta (1).

— No, Edita, no: maliciaría... eso fuera harto bochornoso, y mi engreimiento no arrostra desdenes, si puedo evitarlos... Mi querida Edita, hablemos de otro asunto.

Apoyó su cabeza sobre el regazo de su hermana, y las dos lloraban, cuando el galope de un caballo y la campana del rejado con sus redobles les arrebataron la atencion. Edita reconoció al criado de Viberto, se lanzó hacia él y trajo á María una carta con el siguiente contenido:

« Los parientes que debian heredar el patrimonio de mi tío y ser titulares de Hazledell ya no existen; por lo que me encuentro único heredero de mi tío. Temo que la fortuna me favorezca demasiado tarde, y que despues de haberme separado de todo lo que amaba, porque era pobre, no se me condene al mismo destierro y al idéntico martirio, hoy que mi situacion ha cambiado. No me atrevo, María, á ponerme en vuestra presencia, sin saber antes si la hablilla de vuestro matrimonio con Márcos es fundada ó no: solo mi pundonor me ha determinado á padecer tan larga ausencia: espero una palabra vuestra para poner término á mi tormento. »

María se recostó á una pilastra que sostenia el invernáculo, y Edita, tan conmovida como su hermana, la abrazaba tiernamente.

— Y bien, ¿qué le responderemos?

— ¡Pobre Viberto! exclamó María despues de algunos momentos de silencio y sin parar la atencion en la pregunta de su hermana. ¡Yo creí que me habia olvidado!

— ¡Muy desgraciado, por cierto!... A mí es á quien debes compadecer, que quedo aqui sola para casarme, como la Ofelia de Hamlet, con su guirnalda de sauce. Mi falso y desleal caballero me ha abandonado; Viberto te pertenece, y no me queda mas que hacer sino casarme con el velo y la toca, constituyéndote heredera universal de todos mis atavíos.

Al acabar estas palabras desprendió de su cuello una cadenita, la colgó al de María, y abriendo una medalla, le hizo ver el retrato de Viberto. María desviaba los ojos y parecia como turbada, pero en fin se volvió sonriendo.

— ¡Ah! ¡sonrie enhorabuena! Da gracias al artista que te ha preparado este lindo regalo de boda. ¿Ves cuánto se le parece? Contempla esa vista rendida; esa pálida frente adornada de cabellos negros... Pero el criado espera la respuesta. Hé aqui un lapicero.

María escribió estas palabras á la espalda de la carta que despedazó: « Los rumores de que me hablais carecen de fundamento: el porvenir depende de vos. »

Fué necesario que la afectuosa y graciable Edita sostuviese á su hermana hasta la casa, pues estaba tan agitada con esta resolucion repentina, que podia apenas andar. En medio de su felicidad una corazonada harto aciaga venia á espantar su pecho demasiado débil, y su hermana le afeaba esta extraña supersticion, contra la cual la razon nada podia.

Entre tanto el criado, encargado de llevar á Viberto el mensaje de María, procuró en vano hacer tomar el galope á su caballo. Asustado por los silbidos del viento que anunciaba una tempestad, el animal caminaba pausadamente. Vino la noche, y Viberto tuvo que esperar

(1) El dia del nacimiento, *birth-day*, es dia de fiesta entre los protestantes, que no creen en la intercesion de los santos.

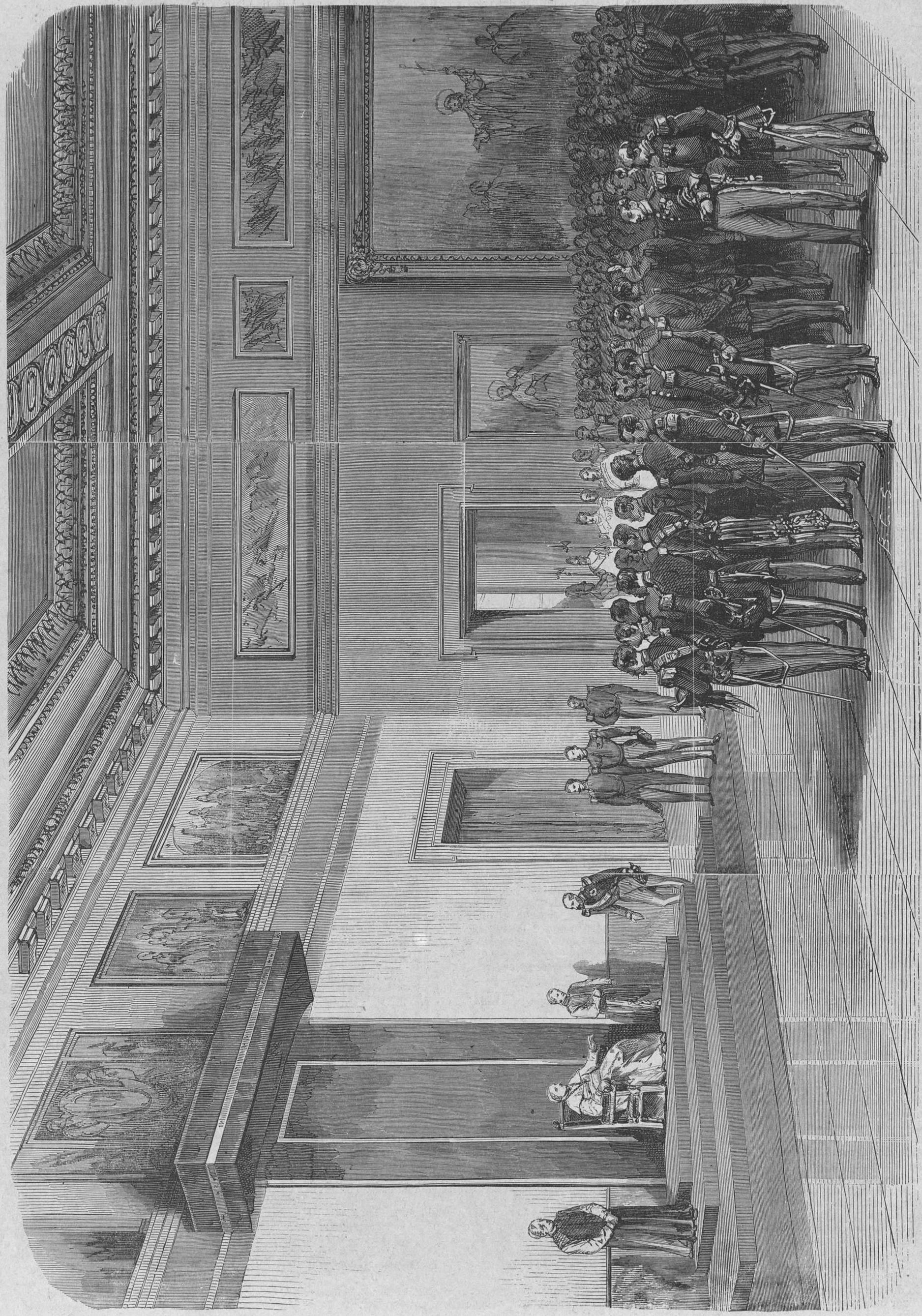
hasta el dia siguiente para ir á Silvermere. Afligido su tío por las fúnebres noticias que acababa de recibir, y sintiendo con amargura el sumo arrinconamiento que le habia acarreado su aviesa índole y su humor, se echaba en cara el haber puesto obstáculos al bienestar de su sobrino á quien amaba.

(Se concluirá.)

Romance.

Clavada en el mar la vista,
De pechos en la azotea,
La favorita de Azan
Siguiendo está una galera
En cuyos mástiles flotan
Las castellanas enseñas.
Mal finge la hermosa Alima
Desdeñosa indiferencia:
Las tempestades del alma
En su rostro centellean.
Y son en él las sonrisas
Que sin cesar aparenta,
Lo que la espuma en las rocas,
Lo que la nieve en la hoguera.
Jamás trasparente velo
Cubrió formas tan esbeltas,
Ni imaginaron los hombres
Tan arrogante belleza.
En tanto el sultan la estima,
Con tanto rigor la cela,
Que mas de un moro atrevido
Pagó en mazmorras estrechas
Imprudencias de los ojos,
Desacatos de la lengua.
Dijola Ester, la africana,
Su esclava y su confidenta:
— Ó mis temores son vanos,
Y quiera Alá que lo sean,
Ó es alegría engañosa
La que tu rostro revela.
Susceptibles son de cura
Las que á la vista se muestran,
Las que sin verlas sentimos
Malas heridas son esas.
Tus lágrimas no aprisiones,
Déjalas que corran, déjalas,
Que arroyuelos detenidos
Forman lagunas inmensas.
Escúchame y no te extrañen
Consejos en una sierva;
El ámbar yace escondido
Bajo rústica corteza.
Si la imágen de un cautivo
Tus sueños te representan,
Cautivos hay en el Baño
Que por tus encantos mueran...
Detente, Ester, no prosigas;
Sabes mi pasion, respétala.
No amo en él su rostro bello
Ni su marcial gentileza,
Ni busco de sus halagos
La sensacion pasajera,
Que en él amo la mesura
De su mirada serena,
Los pensamientos que laten
Bajo su noble cabeza.
Deslizanse de sus labios
Con tal brio las ideas,
En tal abundancia fluyen,
Tal galanura las presta,
Que he sentido torpe envidia
Al comparar con tristeza
Nuestro pobre idioma turco
Y su riquísima lengua.
Cuando las velas distingo
Que de las costas le alejan,
No lloro. Ester, al cristiano
Que libre de sus cadenas
Marcha á arrastrar en el mundo
Su indiferente existencia.
En mi corazon herido
Repiten voces proféticas,
Que será honor de su patria
Miguel Cervantes Saavedra.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.



Los oficiales franceses del cuerpo de ocupacion en Roma despidiéndose del papa.

El marqués de Caxias,

GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO BRASILEÑO DE EXPEDICION EN EL PARAGUAY.

Luis Alvez de Lima, marqués de Caxias, mariscal del ejército brasileño, senador del imperio, edecan del emperador Don Pedro II, nació en 1803.

Habiendo estudiado en la Escuela militar de Rio Janeiro en la época de la independencia, el joven oficial comenzó su brillante carrera contra los portugueses en Bahía; también se distinguió en la administración y fué sucesivamente presidente de las provincias de Moragnon, de San Pablo y de Rio Grande. Diputado por Moragnon en 1831, fué enviado al Senado por los electores de la provincia de Rio Grande.

En 1851 mandó en jefe el ejército brasileño, en operaciones contra el dictador argentino Rosas: esta memorable campaña fué marcada por el levantamiento del sitio de Montevideo, la capitulación de Oribe, el capitán de Rosas,



El marqués de Caxias.



El mariscal Polidoro.

la victoria de Monte Caseros y la fuga de Rosas. A la vuelta de esta expedición, el emperador confirió al general el grado de mariscal del ejército brasileño y el título de marqués.

El marqués de Caxias ha sido dos veces ministro de la Guerra y presidente del consejo.

Ch.

El mariscal de campo

POLIDORO, DEL EJÉRCITO BRASILEÑO.

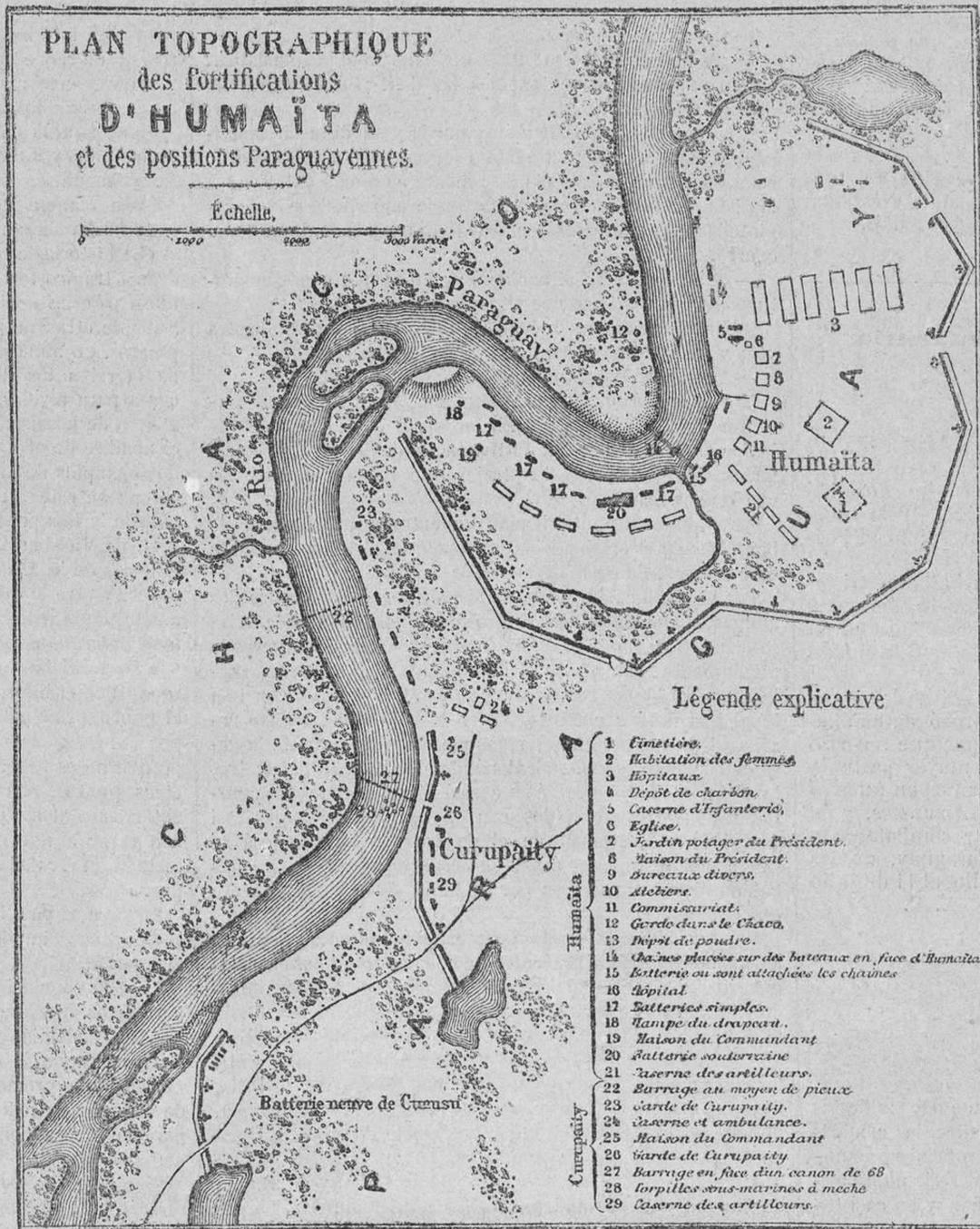
El mariscal de campo Polidoro entró en la carrera militar como oficial de artillería, mas luego cambió por el cuerpo de ingenieros. Sus distinguidos servicios le designaron á la atención del gobierno, que le confió, no obstante su juventud, un puesto de confianza, llamándole á reemplazar al general Caxias en el mando de la guardia municipal permanente. El coronel Polidoro introdujo y mantuvo durante muchos años, en este importante cuerpo, el mejor estado de orden y de disciplina. Miembro de diferentes comisiones para la mejora del ejército, consagró al servicio de su país los conocimientos que habia adquirido en su largo estudio de los ejércitos europeos, y así es que le llamaron al mando de la Escuela militar que dirigió con mucho lucimiento.

El general Polidoro recibió la cartera de la Guerra en circunstancias bien difíciles: tuvo que debatir con la Inglaterra la escabrosa cuestión de la fragata *Forti* y del naufragio del *Principe de Gales* en la costa de Albardao. Sabido es con qué acierto y firmeza el ministro brasileño supo mantener los derechos y la honra de su país ante tan poderoso adversario.

El general Polidoro es hombre

enérgico, inteligente é instruido, y su nombramiento al grado de mariscal de campo y al mando del ejército brasileño empenado en la guerra del Paraguay, han sido acogidos con entusiasmo en el Brasil. Se cree que el nuevo comandante dirigirá el ejército con tanto brillo como su predecesor el mariscal Osorio.

A. DE L.



Humaita.

El nombre dado á esta plaza fuerte proviene del nombre guarani que significa *monton de piedras*.

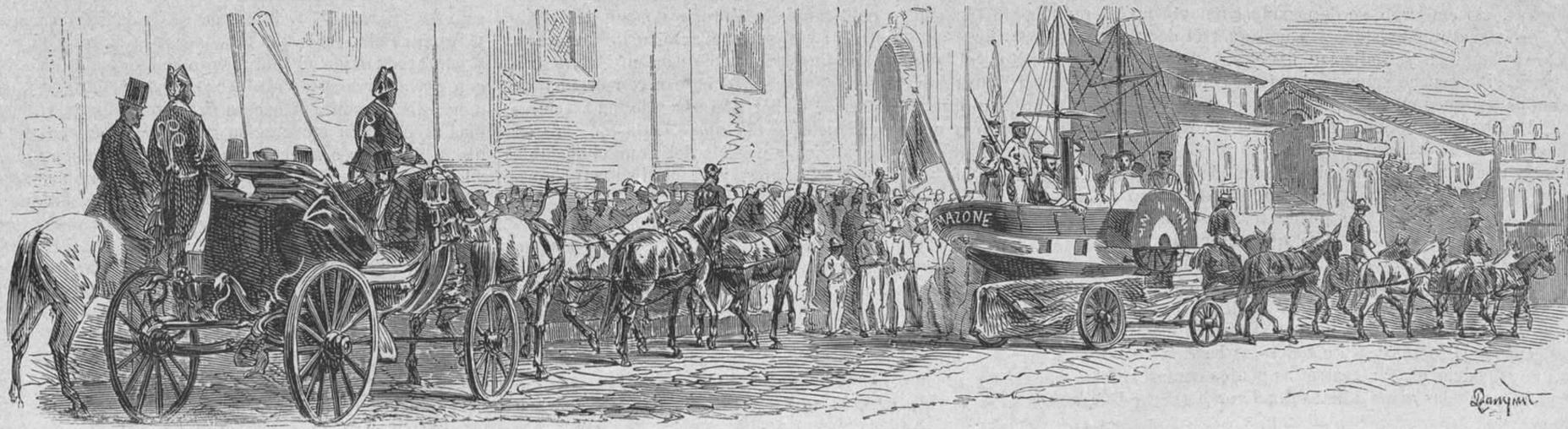
En el momento en que el ejército de los aliados se dispone á poner sitio á la fortaleza de Humaita, postrer refugio del mariscal-presidente del Paraguay, creemos interesante dar algunos detalles sobre esta plaza fuerte.

En 1855 un ex-oficial de la marina francesa, M. de Laberge, se puso á la disposición del presidente Lopez I, y recibió de este la misión de designar el sitio mas conveniente para la erección de una fortaleza hácia la embocadura del Rio Paraguay.

Al cabo de una exploración de seis meses, M. de Laberge señaló el sitio en que se ha levantado la fortaleza.

Dos razones militaban en favor del proyecto: primeramente, como se puede ver en nuestro plano, el recodo que en ese lugar forma el rio, el cual expone á los buques que pasan á los fuegos cruzados de las baterías en un trayecto de tres kilómetros; y luego, el canal navegable obliga á los buques á acercarse á la costa paraguaya.

Sin embargo, M. de Laberge no disimuló las dificultades que esta construcción presentaría. El terreno estaba entonces muy pan-



Bahía de San Salvador (Brasil). — Fiestas del aniversario de la independencia.

tanoso; mas el gobierno no retrocedió; envió soldados que mejoraron el sitio, y antes de 1855 estaban puestos los cimientos de las primeras baterías.

Las construcciones se elevaron en ambas orillas del Rio Paraguay, que en todo este paso se estrechó quedando apenas con quinientos metros de anchura.

En 1856 el gobierno del Paraguay estableció en Humaita un campamento de veinte mil hombres en ranchos; pero muy luego la disentería y las fiebres hicieron tales estragos que morían cada día cuarenta hombres. (Estio de 1856).

Sea como quiera, con el tiempo el terreno se hizo sano, y los dobles fosos abiertos abrazan un contorno de unos nueve kilómetros.

Al principio de esta guerra había en los almacenes provisiones para mas de dos años; pero la escasez que reina en el país ha impedido que se renueven las que se han consumido. Esto se comprende, cuando se sabe que Lopez II ha hecho levas para su ejército desde la edad de doce años hasta sesenta; y que hasta ha declarado que si lo que no es de esperar, sucumbiese Humaita, levantaría un cuerpo de ejército de veinte y cinco mil paraguayos.

Todas las construcciones de Humaita son de piedra de sillaría. La última batería elevada en 1859 fué obra de los ingenieros ingleses que entonces servían al Paraguay, y sin duda por esto fué llamada *Batería de Londres*. En aquella época (1859) Lopez I estaba amenazado por los Estados Unidos.

Humaita nos recuerda un dicho que hemos oído á un diplomático inglés que había ido muchas veces al Paraguay, y por consiguiente había podido apreciar el sistema gubernamental de esta república, que jamás, al salir de este país, había pasado Humaita sin que su pecho oprimido no se sintiese aliviado de un peso inmenso.

El diplomático tenía razón. Lopez II, lo mismo que Lopez I, era bien capaz de apoderarse y aun de echar á pique un buque inglés, no menos que brasileño, hasta tal punto la dinastía Lopez estaba convencida de que, gracias á su inexpugnable plaza fuerte, podía desafiar á las naciones mas poderosas del globo. J. L.

Aniversario de la independencia

EN BAHÍA (BRASIL).

La populosa ciudad de Bahía de San Salvador (Brasil) celebra todos los años el 2 de julio, con regocijos públicos, el aniversario del hecho de armas que consolidó en 1823 la emancipación de esta provincia y la independencia del Brasil, que había estado sujeto al Portugal hasta 1822.

Este año la fiesta había comenzado bastante tristemente, porque la guerra que hace el Brasil al Paraguay ha dejado en Bahía mas de un recuerdo funesto, en atención á que algunos miles de los hijos de esta ciudad están en el ejército.

Sin embargo, gracias á la feliz iniciativa de varios habitantes, al fin de la jornada alborozó agradablemente la aparición de un barco de vapor que recorrió la ciudad arrastrando en pos de sí á la mayor parte de la población. Este buque, que representamos en nuestro grabado, recordaba la fragata de vapor *Amazonas*, y de este modo rendía homenaje al brillante combate dado por la escuadra brasileña á la del Paraguay, en las aguas del Parana, enfrente de Pliachuello, el 11 de julio de 1865. L. C.

Revista de Paris.

Con el nuevo año hemos entrado de lleno en las fiestas propias de la estación. Actualmente los bailes, las comidas particulares, las reuniones gastronómicas oficiales, menudean de tal modo en Paris, que el contarlas sería punto menos que imposible: las hay todas las noches y en casi todos los barrios de esta alegre población, que no quiere perder su excelente costumbre de combatir las tristezas del invierno con una continuada serie de diversiones. Todas estas fiestas, sin embargo, se dan exclusivamente en las regiones de la gente acaudalada; lo cual querría decir que las clases mas humildes se hallarían excluidas de placeres de esta clase, si la especulación no hubiese acudido á crear espectáculos públicos no menos ostentosos, cuyo acceso está permitido á todo el mundo. Tal es, entre otros, el del baile de máscaras de la Grande Opera.

Mas de una vez hemos tenido ocasion de decirlo ya en estas revistas: todo aquel que no ha asistido á uno de estos bailes carnavalescos, no puede formarse una idea, ni siquiera aproximada, del cuadro que ofrece la vastísima sala de la Opera, decorada lujosamente y animada por una numerosa reunion que no se presenta allí sino con el firme propósito de divertirse. Cada sábado se da uno de estos bailes que conmueven mas á la población, que la mas notable de las fiestas aristocráticas. De todos los barrios de la capital afluyen hácia el gran teatro las gentes enmascaradas; los cafés, las fondas y las tiendas donde se alquilan disfraces, las guanterías, etc., quedan con sus puertas abiertas toda la noche, dando á los bulevares un aspecto de movi-

miento y brillantez inusitado á tales horas. En cuanto al panorama interior ya hemos dicho que es indescriptible.

Tanto es así, que no hay señora de la buena sociedad parisiense que no desee, al menos una vez en su vida, asistir al baile de la Opera. En cuanto á las clases poco acomodadas, este espectáculo tiene para ellas un atractivo irresistible. Hé aquí un ejemplo de esta verdad que hallamos consignado en las crónicas judiciales de la semana.

Una jóven costurera, llamada Luisa, se hallaba el viérnes muy ocupada en trabajar dentro del humilde cuarto que ocupa en una casa de huéspedes del barrio latino, cuando á eso de las once de la mañana, en el mismo instante del almuerzo, llegó á verla una amiga suya, llamada Eugenia, y costurera tambien.

Luisa la convidó á que tomara parte en su frugal almuerzo, que si no brilló por la abundancia y la delicadeza de los manjares, estuvo al menos muy animado, por el buen humor y la alegría de las dos costureras.

— ¿No sabes á lo que vengo? exclamó Eugenia. ¿A que no lo adivinas?

— ¿Qué quieres que adivine? Dímelo.

— Pues te vengo á dar una alegría.

— Veamos, habla pronto.

— Me han regalado dos billetes gratuitos para el baile de la Opera de mañana por la noche.

— ¿Y qué?

— Que si quieres, iremos juntas.

Luisa exhaló un suspiro, y contestó diciendo:

— Ya lo creo que querría, pero...

— Pero...

— Hace falta un traje.

— ¿Y no tienes dinero? Pues me hallo en el mismo caso...

¡Vaya una suerte que tenemos las dos! ¡Perder tan bella ocasion de divertirnos!

Y entrambas deploraban su penuria y su falta de imaginación para inventar un modo de proporcionarse un disfraz cada una, cuando Eugenia de repente se quedó extasiada á la vista del resplandeciente cortinaje encarnado con flores pintadas que adornaba la cama de Luisa y la ventana de su cuarto.

— ¡Qué bonita tela! exclamó: ¿Sabes que con esas cortinas podríamos hacernos unos trajes magníficos?

— Ya lo creo que son bonitas, dijo Luisa suspirando otra vez; y nuevecitas, como que ayer se estrenaron.

— Pues si quieres, tomémoslas para ir al baile.

Y cediendo á una mutua tentación, las dos amigas pusieron manos á la obra; trabajaron sin descanso, y el sábado por la noche salían furtivamente de la casa de huéspedes disfrazadas con los trajes que habían improvisado con las cortinas.

A las doce en punto hacían su entrada en el salon de baile, donde el originalísimo disfraz que llevaban radiante de colorines, llamó la atención de la gente.

Por una coincidencia que debía ser terrible para las dos amigas, el ama de la casa de huéspedes en donde vivía Luisa se encontraba tambien en la Opera; y habiendo observado atentamente, como todo el mundo, aquellos brillantes trajes, no tardó en reconocer que estaban hechos con tela igual á la de sus cortinas. Como las jóvenes llevaban careta, al pronto no pensó sino que era un efecto de la casualidad; pero luego, reflexionándolo bien, salió del teatro, tomó un coche y se fué á su casa á registrar todos los cuartos que estaban adornados con semejantes cortinajes. Así descubrió que faltaban en el de Luisa, y volviendo á la Opera mandó prender á las dos costureras cuando apenas habían disfrutado aun un par de horas de tan sorprendente espectáculo.

Dejando ahora la Opera y sus pompas mundanas, vamos á trasladarnos á otro teatro, como si dijéramos al polo opuesto, á la Academia francesa, donde tenemos que introducir á nuestros lectores para darles noticia del brillante informe de M. Villemain sobre los concursos de 1866. Este año, como los anteriores, se han premiado las obras útiles á las costumbres bajo las variadas formas de historia, filosofía, poesía y erudición crítica. Desde el primer exámen, un estudio que entra de lleno en el gusto de nuestro tiempo fijó la atención de la Academia.

«Tratábase, dice M. Villemain, de la Galia y de Roma, de Ciceron y de sus amigos, de César y del imperio. Sabido es que en el siglo último obtuvo una gran boga este mismo asunto, tratado por el inglés Middleton y traducido en francés por el patético abate Prevost. Los cambios del mundo, las instabilidades políticas de la Europa no han debilitado por cierto aquel interés; y el saber exacto, la brillante erudición, el buen sentido imparcial y libre de un jóven escritor, han renovado en la actualidad el carácter original de aquella obra. Despues de haber profundizado en un curso público la correspondencia de Ciceron, M. Gaston Boissier ha resumido la vida pública y privada del gran ciudadano, del filósofo y del inmortal orador, y de aquí su estudio sobre la *Sociedad romana en tiempo de César*.

» Es de sentir que semejante trabajo sobre tales recuerdos se haya formado de fragmentos sucesivos publicados en revistas, y hay motivo para extrañar que el hábil y nuevo historiador haya sido con frecuencia menos admirador de Ciceron que Fenelon, Racine y Voltaire; pero ¡qué de nobles sentimientos, qué de pensamientos ingeniosos, qué de curiosos detalles compensan este resto de deslumbramiento por el genio de César! Y á la vez ¡qué pintura tan verdadera de la vida romana en los grandes y en el pueblo, en el Senado y en el Foro, en aquellos amigos de Ciceron, lo mas selecto de la nobleza romana, jurisconsultos, generales,

oradores, desde el elocuente Sulpicio, hasta el osado y chistoso Celio! Jamás hombres mas eminentes se agruparon en torno de un genio cuya vida fué útil y grande, y cuya muerte fué heroica.»

La Academia atribuyó á esta obra de veracidad histórica y de purísimo gusto literario, un premio de 2,500 francos.

Otro premio igual concedió á M. Eugenio Manuel por su colección de poesías titulada: *Páginas íntimas*. «Un ensayo poético escrito con alma, una vida de trabajo, de sencillez doméstica y de puras emociones, trazada por un jóven escritor.» Tal es el elogio que hace de esta obra el secretario perpétuo de la Academia.

Seguidamente M. Villemain da cuenta en estos términos de otra obra notable que ha merecido tambien los sufragios de los inmortales:

«La Academia, dice el informe, debía fijar su atención en la obra largo tiempo meditada de un hombre de talento que había publicado algunas composiciones poéticas. Con el título de la *Divina Odisea*, M. Pecontal ha emprendido un poema de forma enciclopédica. Suponiéndose á sí mismo una misteriosa revelación, recorre bajo la guarda de un genio celeste, el mundo antiguo y nuevo de Europa y Oriente, encontrando así la inspiración religiosa y su acción sobre las almas. A su beneficio, descubre las grandes fases de la existencia humana, sin tener necesidad de detalles episódicos y de invenciones novelescas. Si el poeta hubiese acertado siempre, si el arte igualase siempre en él la ambición del pensamiento, grande sería su puesto conquistado, aun fuera de este concurso. De todos modos, nosotros nos complacemos en señalar aquí la estimación de que es digno. Esta obra interesa al lector, porque contiene una gran variedad de recuerdos, un estudio apasionado de los poetas y viajeros célebres; y con efecto, en ninguna otra parte se ha comprendido mejor el genio del Camoens.»

Sigue aquí la enumeración de distintas obras de filosofía, de historia y de relaciones anecdóticas, de que da cuenta M. Villemain en breves palabras. Entre estos trabajos fija de una manera especial su atención un estudio sobre la historia del siglo último por madama Lenormant.

«La historia de nuestra revolución, dice M. Villemain, aquel drama trágico tan á menudo, no podía menos de inspirar á nuestros escritores. ¡Qué recuerdos los de Maria Antonieta y los de otras mujeres, mártires tambien! Un talento expresivo, un alma generosa, no ha temido unir al nombre de la reina los de madama Roland y de Carlota Corday, como para nivelar en el luto de las almas todo lo que fué exceso de heroísmo y de padecimiento. Tambien reúne con el nombre de otra mujer, madama de Montagu, los mas bellos ejemplos de la virtud y de la beneficencia. La Academia corona en este estudio de madama Lenormant el noble empleo de la imaginación conmovida por la desgracia.»

M. de Viel-Castel ha merecido un premio por los ocho volúmenes de la *Historia de la Restauración*, que lleva publicados, y otro M. de Lavallée por su obra histórica igualmente, dada á luz con este título de actualidad: *las Fronteras naturales de la Francia*.

«La tradición histórica se encuentra aquí fielmente trazada, dice el informe, y su consecuencia es inevitable. En el punto principal, esta frontera, admirablemente suplida por Vauban, será completada á su tiempo, precisamente porque no es necesaria á la inviolabilidad de la Francia. En otros puntos, el complemento recobrado ya, no necesita extenderse ahora para estar asegurado en lo porvenir; y con razón el nuevo historiador, ingeniero y geógrafo, promete á la Francia esa futura y natural conquista de la paz.»

Lleguemos ya á la conclusión, prescindiendo de otros estudios menos importantes, de los que se hace mención en el informe.

En esta conclusión M. Villemain hace un llamamiento á los poetas de Francia.

«La Academia, dice, propone por asunto de un premio de poesía que se dará en 1867: *la Muerte del presidente Lincoln*; y se promete que entre tantas obras de ciencia y de arte como produce la Francia, no faltará la inspiración para un pensamiento de caridad social y de grandeza humana.»

Finalmente, el premio de elocuencia del año próximo se reserva para el mejor estudio que se presente sobre J. J. Rousseau. Digamos de qué manera juzga M. Villemain á este escritor tan célebre.

«Entre nuestros escritores de fama, dice el último párrafo del informe, J. J. Rousseau se ha engañado á menudo; pero en cambio ha hecho mucho por la moral y la justicia, y aun tambien por el sentimiento religioso. Ha sido filósofo con graves errores y gran escritor con peligrosas ilusiones. Al engañarse sobre el exceso del derecho popular, ha hecho mas necesaria la moderación con que debe ejercerse. Sus libros deben ser interrogados, discutidos, aclarados y no adoptados exclusivamente. En suma, la admiración que merece debe estar templada por las desconfianzas que inspira. Bajo este punto de vista quiere la Academia que se coloque el autor del estudio. Sin duda desea un homenaje al genio, pero lo que pide sobre todo á este trabajo, son nuevos motivos ofrecidos á la razón y á la equidad social; es una refutación decisiva de los errores de que Diderot y Holbach impregnaron el siglo XVIII; es una reacción contra el materialismo afirmativo ó escéptico: son, por último, nuevos alicientes al cultivo religioso del alma, al sentimiento del derecho y á la entusiasta adoración de la suprema inteligencia.»

A mediados del mes último ha habido en Paris una fúne-

bre ceremonia, á la cual debemos un recuerdo en estos ligeros apuntes de los sucesos parisienses.

Tratábase de trasladar á la Sorbona los restos del cardenal Richelieu, y se quiso, naturalmente, dar cierta pompa á esta solemnidad. Lo único que se conserva de aquel ilustre hombre de Estado es la parte anterior del cráneo, arrancado de la tumba durante la revolucion francesa. Un admirador del cardenal ha conservado esta memoria que entregó poco tiempo há á M. Duruy, ministro de Instrucción pública. La fecha de la ceremonia se eligió para el día del doscientos vigésimo cuarto aniversario del entierro de Richelieu en la Sorbona. Asistieron al acto de la traslación gran número de personas, entre las cuales se encontraban M. Baroche, ministro de Justicia; los obispos de Sura, La Rochela, Chalons, Nancy, Bayeux y Parium. El duque de Richelieu presidía como jefe de la familia. La Academia francesa estaba representada por MM. Cousin, Berryer, Lebrun, Nisard y Camilo Doucet, y la Universidad por MM. Ravaisson, Giraud, Milne-Edwards, Pellat y Dutrey. El ministro de Instrucción pública fué recibido en la puerta de la iglesia por el arzobispo de Paris y el vice-rector de la Universidad. Al presentar la caja de roble que contenía los restos del cardenal, el ministro dijo:

« Monseñor: deposito en vuestras manos lo que nos queda del grande hombre cuyo nombre se tiene siempre á la memoria, porque pacífico y engrandeció la Francia, honró las letras y construyó este edificio que se ha convertido en santuario de los mas elevados estudios. La Universidad y la Academia cumplen un deber filial al tributar homenaje á esta tumba que no volverá á ser violada.»

El arzobispo contestó dando las gracias al ministro por la restitucion de aquellas reliquias á la Sorbona, y añadiendo que aquella ceremonia debía considerarse como una reparación de las faltas de una generacion pasada. El arzobispo dijo que esperaba que la Francia no volveria á presentar escenas semejantes de desorden. Despues de una misa celebrada por el obispo de Sura, se enterraron los restos, y el abate Perraud, profesor de la facultad de teología, pronunció un panegirico del gran cardenal.

Nada notable en esta semana de Año nuevo en los teatros de Paris. Verdad es que en los dias presentes no hay público en los teatros. Cada cual anda ocupado con sus visitas, sus regalos, sus felicitaciones que se prolongan toda la semana, y solo entre la gente que no tiene la costumbre de frecuentar las funciones teatrales, reclutan algunos espectadores los teatros secundarios. Entre ellos el que ofrece este año mayor atractivo es el del Chatelet, con su *Diablo cojuelo*, revista en treinta cuadros, confeccionada por MM. Clairville, Blum y Han. Sabido es que estas revistas son como unos panoramas que ofrecen al público la caricatura de los sucesos mas notables ó ruidosos del año. Por consiguiente hay margen. Los autores del *Diablo cojuelo* han sabido sacar un buen partido de las cosas risibles del año, y como este grotesco inventario se halla esmaltado de agudezas y de sátiras, y acompañado de un brillante aparato escénico, el éxito ha sido muy favorable.

En cuanto á funciones de carácter mas serio, lo único que podemos citar es la inauguracion de los conciertos del Conservatorio imperial que ha tenido lugar el domingo último, en presencia del público de todos los años, público especial, tan aficionado como inteligente. La incomparable orquesta del Conservatorio, dirigida por G. Hainl, tocó con su acostumbrada perfeccion una de las obras maestras de Beethoven, la sinfonia en *si bemol*, á la que siguió otra de Haydn (sinfonia en *sol*). No hay para qué decir que la escogida concurrencia aplaudió con entusiasmo entrambas producciones, así como el coro de los Genios de *Oberon*, pieza bellísima impregnada de poesia y de sentimiento.

MARIANO URRABIETA.

Bertilda.

LEYENDA BRETONA.

Hermosa era Bertilda cuando por la noche á los plateados rayos de la luna, sueltos al viento sus rubios cabellos y cubierta de blanquísima túnica, corría, seguida de alegres compañeras, las frondosas selvas inmediatas al mar, los misteriosos bosques en que se verificaba cada año la ceremonia del simbólico muérdago. Villida, la inspirada profetisa de la isla de Seyn, no era mas bella ni majestuosa.

No habia doncel entre los guerreros del rey Conan Meriaderck que no ardiese en secreto por Bertilda; mas el corazon de la virgen, inocente y cruel, no conocía los fuegos del amor; solo amaba á su padre el druida Erispoé y al altivo Argane, su hermano de leche, á quien todos creían su prometida esposa.

Un día al caer de la tarde, Bertilda con el ánfora en el hombro fué por agua á la sagrada fuente de Esmintal, y de allí volvía con ligero paso, cuando de pronto palidece y queda inmóvil; su mano temblorosa no acierta á sostener el ánfora, la cual cae y se rompe en mil pedazos. Delante de ella con las fauces encendidas, con los ojos fijos é iluminados de resplandores siniestros está un lobo fiero y corpulento, y la doncella, fascinada por su mirada, desfallece, extiende los brazos hácia la fiera, y cae sin sentido.

Al volver en sí el lobo estaba muerto á sus piés, y junto á ella vió á un hombre prodigándole solícitos cuidados.

— Gracias, mortal generoso, le dijo Bertilda con voz conmovida; la divina Hertha te recompense lo que acabas de hacer, y si eres extranjero en esta tierra ven conmigo á la morada de Erispoé, donde hallarás la hospitalidad del druida, y la gratitud de un padre.

— El techo de un galo no puede abrigar al romano Licinio Servino, hermosa habitadora de la selva: gracias doy á Diana que me ha permitido salvar los dias de la mas bella de sus ninfas, y voy á continuar mi camino.

Bertilda miró entonces por primera vez á su salvador, y vió que era un jóven de negra barba y de tez bronceada por el sol; rendido parecia por el cansancio de larga jornada, y sus piernas vacilantes podían apenas sostenerle.

— ¡Romano eres y has llegado hasta aquí! ¡Ah! ¡huye, huye! pero, ¿qué digo? no, ven; mi padre es bueno, y no consentirá en la perdicion del hombre que le devuelve su hija. No penetres mas en esta comarca que sería tu sepulcro: la noche es ya oscura; nadie ha de verte; ¡ven!

— Hagan los dioses inmortales, hija de los druidas, que no tarde la Parca en cortar el hilo de mis tristes dias, cada uno de los cuales me trae nuevas amarguras. Denunciado á Graciano por poderosos enemigos que me acusaron de conspirar contra el imperio, pude evadirme de Lutecia por la fidelidad de un esclavo que me dió el traje de soldado. He vivido como un pordiosero, y el hado me ha conducido aquí y me ha dejado suficiente fuerza para salvar tu vida; cansado estoy de existir y la muerte solo tiene para mí flores y sonrisas.

— No pierdas la esperanza, Licinio. Teutates vela por tí y te protegerá. Ven á la morada de mi padre, que no está lejos. Si alguien te viere aquí por entre los árboles, infeliz de tí. Ven.

Y cogiéndole de la mano, ligera como un cervatillo, se encaminó á la casa paterna. Presurosa entra en ella á referir á su padre lo sucedido, y el druida sale á recibir al huésped al umbral de la puerta.

Erispoé era el primero entre los sacerdotes, y sus abiduría por todos acatada le hacia el orgullo de la tierra gala. Setenta inviernos habian dejado sus nieves en su venerable cabeza inclinando al suelo su majestuosa frente; larga y blanca barba le cubria el pecho, é iba vestido de fina túnica de lino; de su cinturón pendia la hoz sagrada, símbolo de su dignidad.

— Bien venido seas, Licinio Servino: depon todo temor, pues por Teutates te prometo que el salvador de mi hija ha de ser respetado mientras mi techo le cobije. Ven á gustar con nosotros la comida nocturna y luego quiera el dios Nastra cubriéndote con sus alas y derramando sobre tí sus amapolas, abrrte las doradas puertas de los sueños afortunados.

Dijo, y alargándole la mano le introdujo en una sala donde humeaban suculentos manjares. Licinio, colocado junto á Bertilda, mira al fin á la hermosa doncella, á la cual solo habia entrevisto á la luz opaca del crepúsculo.

Despues de la cena, precedido de un esclavo que llevaba una lámpara romana, Licinio se dirige al aposento que le está destinado, é implora á Morfeo para que le devuelva las perdidas fuerzas.

El dios de los sueños no visitó á Bertilda: agitada por turbacion nunca experimentada, la imágen del jóven y gallardo extranjero pasaba y repasaba por delante de sus ojos, y sentía encendidas las mejillas por vivo carmin. Lo que su corazon le decia con sus precipitados latidos, la virgen de Seyn, que nunca amara, no lo comprendía...

Tampoco Licinio, á pesar de su fatiga, veia llegar á su lecho las divinidades protectoras de los cansados mortales. La hermosa y encantadora doncella, la Diana bella, la canifora gentil de la druidica selva, iluminaba con su luz esplendente el oscuro recinto, y en vano se agitaba y cerraba los ojos; veia siempre la seductora imágen delante de él. El hijo de la noche recobró al fin sus derechos sobre sus ojos doloridos, pero entonces tambien vió á Bertilda, y la vió mas hermosa aun y encantadora; vióla presidiendo con majestad divina las sagradas fiestas de la selva, cuando de pronto infames raptos se precipitaron sobre ella y se la llevaron. En vano quiere él volar á socorrerla; sus piés están clavados en el suelo, y ¡oh rabia! oye la voz adorada que le llama y no puede desasirse de la mano invisible que le sujeta y detiene. Por fin, con esfuerzo sobrehumano, queda libre, corre hácia ella, la alcanza, va á libertarla, pero herido por un arma invisible, cae profiriendo un desgarrador grito. Despiértase en aquel instante frenético de ira y bañado en sudor, y por algun tiempo pensó estar aun bajo el imperio de la horrible pesadilla que habia turbado su mente.

Apenas comenzaba el sol á dorar la cima de los árboles del bosque, y ya la hija del druida dejaba el lecho, buscaba entre los alerces y pinabetes alivio al ardor que la agitaba. Su pensamiento está todo en Licinio, verle es todo su deseo, y sin embargo vacila y tiembla solo al pensar que ha de mirarle junto á ella.

Tambien Licinio deseaba calmar su fuego con el aura matinal, y habia salido al bosque á respirar su fragancia, pensando con gozo en sus penosas jornadas, en sus peligros de ayer, menos terribles que su amor de hoy.

Por fin se encuentran; bajan los ojos, vivo carmin sube á sus mejillas, y casi á pesar suyo, se dirigen el uno hácia el otro sin proferir una palabra. Luego siguieron andando juntos, y solo de cuando en cuando

dábanse furtivas miradas, como dos enemigos frente á frente que mutuamente se observan.

Licinio habló por fin.

— Te buscaba, Bertilda, pues anhelaba verte antes de partir.

Y al decir esto temblaba como un reo que espera el fallo de su juez.

— ¿Quieres partir ya, Licinio? ¡Pues qué! ¿no me has dicho que estabas proscrito, que á nadie tenias en el mundo? ¿por qué no te quedas con nosotros hasta que los cielos te envíen dias mas felices?

— No quieras detenerme, Bertilda; no repitas lo que me has dicho, porque si me quedara á tu lado, si por mucho tiempo te viera á tí, ¡oh mujer mas bella que Anfitrite! la muerte solo podria separar del tuyo mi destino.

Ruborizada, conmovida al oír aquel lenguaje nuevo para ella, Bertilda quiere cubrirse el rostro con el velo, mas Licinio se apodera de su mano y la lleva á su corazon.

— Te amo, Bertilda, con todo el amor que puede Vénus inspirar al pecho de un mortal; ¡benditos sean los dioses que aquí me han traído! No me rechaces; Bertilda, ó si no, por la laguna Estigia te juro que marchó ahora mismo á entregarme á mis enemigos.

— Detente, Licinio, yo te lo ruego.... ¿Acaso ignoras que las hijas de druidas estamos consagradas á Hertha? ¡Para mí no puede existir el amor!

— Si me amaras como yo te amo, dijo el gentil, no existirían para tí lazos ni obligaciones, y sentirías piedad de mis tormentos.

— ¡Ay! ¿quién te ha dicho que yo no los siento?...

Apenas hubieron salido estas palabras de sus labios, se turba aun mas, y tiembla toda; habria dado todo lo del mundo por no haberlas dicho, y al propio tiempo siente aliviado su corazon de grave peso.

Fuera de sí de alegría, Licinio abraza su flexible talle, la estrecha contra su pecho y la besa con ardor en la frente.

El sol está ya lejos del horizonte cuando la hija de Erispoé corre á ocultar su felicidad y su turbacion en la morada de su padre.

Así vivieron algun tiempo los dos amantes arrobados por el inefable goce de su misterioso cariño.

Pero una mirada celosa seguía sus pasos todos, y su ventura habia de durar muy poco.

Mientras no se presentara un rival, Argane habia llevado en paciencia su amor desdenado; pero al conocer que á él era preferido un romano, un enemigo, agitáronse en su pecho todas las malas pasiones, y juró vengarse.

Bertilda y Licinio se veían cada día en el bosque de Meroe, que comienza junto al elevado y peñascoso muro en que se estrellan hace siglos las olas del mar, con un rumor parecido á los mugidos lejanos del trueno; en él han abierto profundas cavidades, y á ellas se refugiaban á veces los dos amantes cuando querían gozar de la vista del mar enfurecido ó contemplar las galeras romanas que con hinchadas velas pasaban procedentes de la Gran Bretaña.

Un día, en que densas nubes asomaban por el horizonte y era el aire pesado y el calor sofocante, anunciando todo próxima tormenta, Bertilda, arrojando las amenazas del cielo y los tristes presentimientos de su propio pecho, se encaminó al bosque de Meroe. Apenas penetra en él se ve cogida por tres hombres, que sin atender á sus gritos la sujetan y llevan consigo.

Licinio, que habia salido de la casa pocos instantes despues que Bertilda, volaba al lugar de la amorosa cita; un grito llega á sus oídos; desalado corre y otra vez lo oye; no le cabe ya duda: es Bertilda quien le llama con angustiado acento. Su ligera planta apenas toca el suelo, y en breve ve á su amada empeñada en débil lucha con sus vigorosos raptos.

— Aquí estoy, ¡Bertilda! ¡Valor! le grita; y ya su mano empuña el acero, ya sus ojos han elegido la primera víctima de su furor, cuando Argane le sale al paso, y sin darle tiempo de ponerse en defensa, clavóle la framea en el pecho. Licinio cae, quiere ponerse otra vez en pié, pero las fuerzas le abandonan; quiere hablar, pero la sangre ahoga su voz. Velan sus ojos las sombras de la muerte, é intenta aun un postrer esfuerzo para socorrer á la que ama; mas cual caña que el huracan troncha, cayó exánime murmurando con labio balbuciente el nombre de Bertilda.

Al oír la voz de su amante, redobla sus esfuerzos la hija de Erispoé, logra evadirse de las manos de sus raptos, y ve á Licinio ya cadáver y á Argane mirándole con ojos en que brillan la venganza y el odio satisfechos.

— ¡Cruel! le dijo, inútil ha de ser tu delito. Has muerto á mi amado. ¡maldito seas!

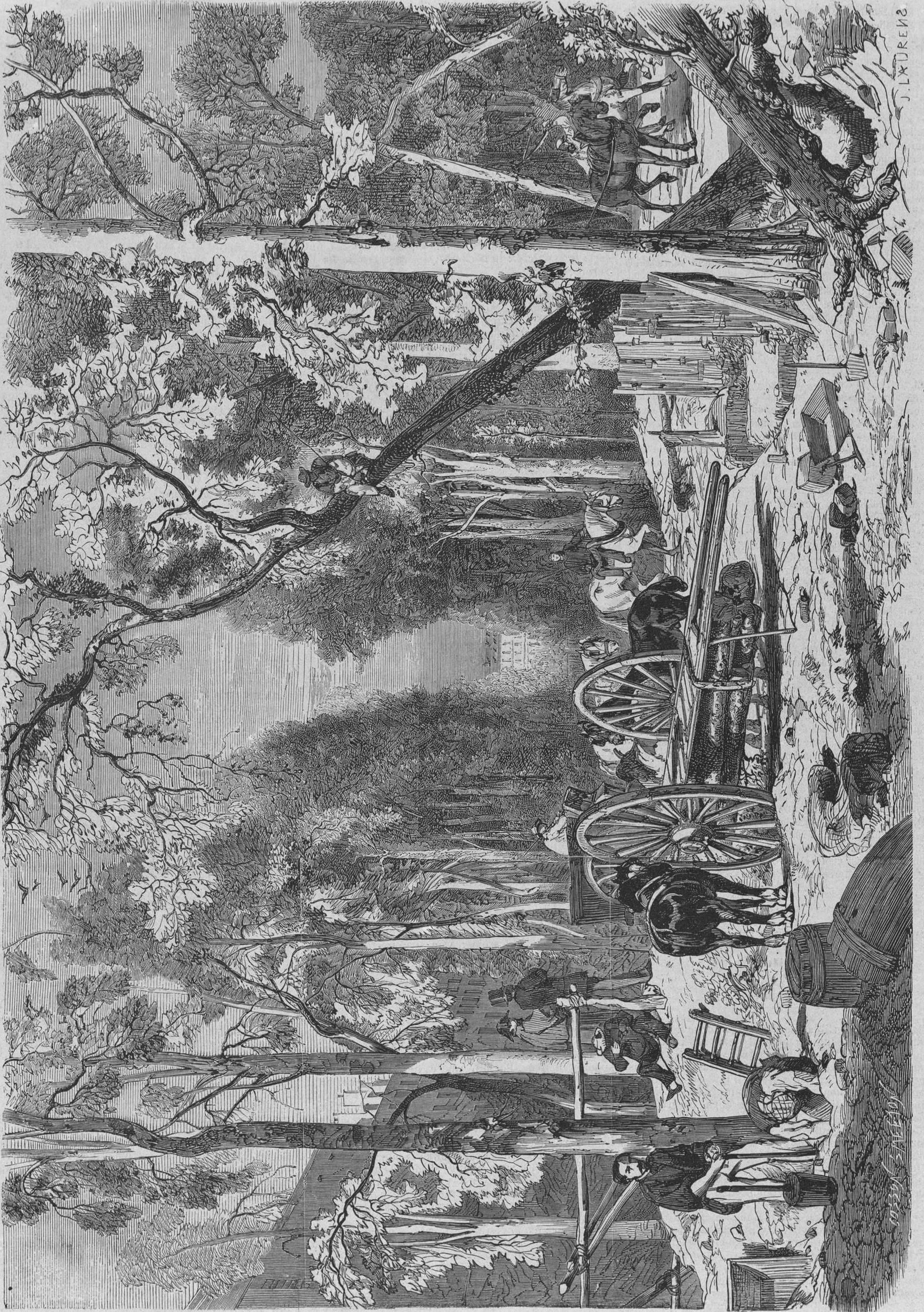
Y corriendo llega á la orilla del terrible muro. Los rayos comenzaban á desgarrar las nubes, y el trueno á llenar el espacio con su voz majestuosa.

— ¡Perdon! padre mio, ¡perdon! ¡dejo á los dioses la venganza de mi muerte!

Y se precipitó en el abismo; las olas encrespadas la recibieron con estruendoso bramido.

Un rayo se desploma del cielo y deja sin vida al feroz Argane y á sus viles cómplices.

Y desde aquel horrendo día, al desencadenarse la tormenta vése blanco fantasma llevado por las olas: es la hija del druida que viene á vengar el asesinato de su bien querido. Tambien á veces vaga perdido por la playa un pobre anciano dando al viento dolorosos quejidos; es el druida Erispoé que no ha podido consolarse de la pérdida de su hija y aun la busca. D DE B.



J. LUDWIG

LOS JARDINES PUBLICOS DE PARIS DURANTE EL INVIERNO. — Los leñadores en el jardín de Luxemburgo.



EL MES DE DICIEMBRE. -- Ultimo dibujo ejecutado por Gavarni.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Abundancia de novedades. — El estilo imperio. — Vestidos cortos y vestidos de cola. — Trajes de doble falda. — La faye y el terciopelo. — Un traje de popelina de Irlanda. — Enumeracion de otros vestidos elegantes. — Las confecciones de forma menguada. — Los vestidos de baile. — Descripcion del figurin de este número, que representa las novedades mas elegantes de la temporada.

Esta vez tenemos modelos de sobra. Habiendo empezado ya las grandes recepciones en Tullerías y estando ya abiertos muchos salones, hay una abundancia tal de novedades que lo difícil es hacer una buena eleccion entre tantos trajes brillantes como dan á luz las modistas de fama. Pero artes de entrar á examinar los prendidos de baile, diremos cuál es la moda para calle y para visita de ceremonia.

El estilo imperio sigue dominando, así como están en moda tambien los vestidos cortos y los de cola.

Se hacen muchos trajes de faye de doble falda, y asimismo de terciopelo inglés.

Hé aquí un vestido negro de faye que se puede citar como un modelo de buen gusto.

La falda de debajo está orlada con una banda de terciopelo negro de cuarenta centímetros, y la de encima está recortada con una sola onda redondeada en cada paño. El borde está adornado con un sesgo de terciopelo negro sobre el cual hay un dibujo de azabache. El mismo sesgo sube por cada paño hasta el talle.

La chaquetita que forma parte del traje es de terciopelo negro y lleva el borde con ondas; las mangas caen lo mismo que las mangas de hombre.

Debajo se lleva un cuerpo blanco ó camisolin de seda blanca adornado con entredos de encaje negro perlado. El entredos está colocado sobre el delantero y en la espalda en líneas verticales. En lo alto y el bajo de las mangas hay barritas desiguales. La costura exterior de la manga y la costura interior están ocultas por una tira de entredos.

Otro vestido corto es de terciopelo inglés color de castaña con reflejos dorados.

La primera falda se abre á cada lado sobre otra falda de tafetan azul á ondas y de grandes pliegues. Las dos aberturas, que no suben hasta el talle, están sujetas por botones y trencillas. Estas aberturas ocupan como los dos tercios de la falda y dejan entrever la falda azul.

La casaca es corta por delante y redonda y larga por detrás; las mangas ajustadas, y están graciosamente guarnecidas con alamares que se escalonan tambien sobre el delantero del cuerpo. Al borde hay un grueso cordon formado de pasamanería con rosetas que sostienen alamares dispuestos sobre las aberturas.

Ahora un vestido de cola.

Este es de popelina de Irlanda color de pensamiento.

La falda lisa no lleva adorno. El cuerpo alto, de faldeta independiente formando casaca, va guarnecido de encaje y de entredos de azabache. Las mangas son lisas.

Este vestido tiene una falda sesgada hecha con un grueso pliegue por delante y otro por detrás.

El corte de vestido llamado *princesa*, en el que el cuerpo y la falda son de un solo patron, está tambien muy en boga. De este corte hemos visto:

Un vestido de poulte de seda negro, guarnecido en el bajo de la falda con barritas formadas por un sesgo de poulte de seda negra, que tienen la anchura de una cinta número 4, y ribete de trencilla cubierta de tafetan granate rosa.

Estas barritas tienen 20 centímetros de alto y guardan entre sí la distancia de 8 á 10 centímetros.

Esta guarnicion reposa en otro sesgo igual, que forma círculo en torno de la falda y por el cual se escapan sesgos mas estrechos, formando sarmientos de viña, dibujados por un sesgo que ofrece la anchura de una cinta núm. 3.

Todos estos sesgos llevan igual ribete.

El cuerpo no forma, digámoslo así, mas que una pieza con la falda, cuyas costuras todas están ocultas con una gruesa trencilla cubierta de tafetan granate rosa.

Las mangas de este vestido son dobles.

La primera está rodeada de barritas á cada lado de la abertura, pero el puño, cortado cuadrado, queda liso.

La manga interior es negra igualmente.

De arriba abajo, y á la distancia de cinco en cinco centímetros, hay un brazaletes formado con un sesgo de tafetan granate rosa. Sobre la sangría, y un poco de lado, este brazaletes parece cerrado por una roseta que tiene sus cinco pétalos recortados en poulte de seda negro con ribete granate rosa.

Un hermoso broche de azabache parece que cierra por arriba esta manga, edad media.

Si esta última se hallase suprimida, las rosetas que cierran el brazaletes y adornan la segunda manga, deberán encontrarse entonces á lo largo del codo.

Otro vestido, no menos elegante, es de poulte de seda color de pensamiento, y está guarnecido á la distancia de una túnica por un dibujo de anchos ramajes, trazado por un doble cordoncillo de seda negra, sembrado en medio de perlas blancas.

Esta guarnicion, que figura túnica, sube hasta la cintura, desviándose por delante en forma de delantal, en medio del cual se escalonan ligeros lazos de cinta violeta con ribete de perlas blancas por un lado.

Los ramajes bordados de perlas se repiten en el corpiño y sobre las costuras de los hombros, de modo que correspondan al adorno del alto de la manga. En el bajo se ve el mismo ramaje.

Con los vestidos que se llevan hoy, las confecciones guardan una forma demasiado menguada.

Nada mas extraño que estos trajes de larga cola, de un efecto regio, completados con una chaquetilla raquítica de terciopelo ó de seda, bordada de azabache, pues la confeccion á la moda no debe bajar á mas de 15 ó de 20 centímetros del talle.

Para el invierno, y sobre todo con los vestidos de cola, seria preferible, á nuestro juicio, una larga confeccion de terciopelo.

Pero así es la moda; no nos opongamos á sus decretos y echemos una ojeada á los vestidos de baile.

Aquí se nota desde luego una tendencia al estilo romano. Hé aquí el ejemplo de este estilo, que recomendamos á nuestras bellas lectoras:

Vestido de tul blanco retenido y cortado abajo por una banda de raso ó de faye que le hace volver sobre sí misma. Esta banda es á ondas y se balla en relacion con la túnica romana que cubre una parte de la falda de tul.

El vestido que hemos admirado tenia una túnica de faye azul adornada de follaje y de galones de oro.

Un cuerpo-blusa de tul blanco cae sobre el cuerpo azul, que va de una pieza con la túnica; las mangas cortas son de estilo romano.

Dibujos de oro ribetean los contornos. El cinturon azul forma punta por arriba y por abajo. Este cinturon es muy pequeño y lleva el borde guarnecido de oro.

Para completar esta rica creacion habia una magnífica salida de baile de seda de china blanca, adornada de cordoncillo de oro.

Hemos visto tambien un graciosísimo vestido de baile para niña, que queremos señalar á la atencion de nuestras lectoras.

Este vestido de baile estaba sembrado de estrellas azules y rosadas.

Su estilo es el Pompadour.

Por delante y por detrás hay flores, y por los lados una doble guirnalda sube hasta la cintura.

La sub-falda tiene un volante bordado de ramilletes sueltos.

En cuanto al cuerpo, se compone de un corselete deraso, con drapería toda ella sembrada de estrellas hacia arriba.

Las mangas se componen de una manguita corta de tul, sobre la cual cae una larga manga de cola, rodeada de una guirnalda.

Estas mangas tienen 50 centímetros de largo: un ancho cinturon de cinta azul bordado de estrellas blancas completa el traje.

El figurin que acompaña á este número representa tambien dos elegantes trajes de baile, de los primeros que se han hecho para esta temporada.

El primero es un vestido de raso blanco con falda lisa y aplastada por arriba y con larga cola.

Cuerpo escotado de en medio y subiendo sobre los hombros. Este cuerpo va con una pequeña falda peplum, cortada por cintas de terciopelo negro, y el cinturon es tambien de terciopelo negro. La cinta del centro atraviesa el cuerpo.

El cinturon lleva las puntas guarnecidas de puntilla negra y blanca, y además va adornado con botones en el medio de cada banda.

El contorno de las puntas lleva un rico encaje blanco y negro con un rizado semejante un poco mas arriba. El mismo rizado guarnece el borde del cuerpo y los hombros á cierta distancia de la manga abullonada, que es de raso.

Tocado de capricho negro y blanco y guante blanco.

El segundo traje ofrece otro vestido de baile de tul blanco abullonado con separacion á cada lado guarnecida de sesgos de raso blanco con orla rosa. Cada abullonado está cortado por el mismo sesgo.

El cuerpo abullonado tambien está guarnecido con sesgos blancos y rosados, y el talle envuelto en una especie de gracioso delantal de raso rosa que sube como un corselete hacia el medio del pecho. Las puntas de raso rosa van rodeadas con un sesgo de raso blanco, y el mismo sesgo rodea dos veces el talle y guarnece lo alto del delantal, así como el bajo donde le sigue una alta franja rosa. Las puntas del cinturon llevan franja.

Tocado rosa y blanco con cinta blanca y guante blanco.

M. P.

Crichton

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR W. HARRISON AINSWORTH.

(Continuacion.)

— Cesa de perseguir inútilmente á la virtuosa Esclarimonda, y cumple con aquella á quien debes amar y respetar.

— ¿Qué quereis decir? preguntó el rey con inquietud;

¿á quién os referís, mi buen Fernelio? ¿á la reina Luisa?

— Sí, contestó la voz.

— ¿Y no hay otra alternativa?

— Ninguna, murmuró gravemente el espectro.

— Entonces, prefiero... ¡Ah diablo! ¡un fantasma que se permite reír! exclamó el rey; ¡aquí hay algun enredo! añadió recobrando su serenidad é irguiéndose altanero, en tanto que se apoderaba de una persona que encontró á su alcance. Oigo pasos que se alejan; aquí tenemos traidores; esta no es una fantasma; este no es Fernelio.

— En nombre del cielo, ¿qué está diciendo Vuestra Majestad? preguntó la dama con afectado asombro.

— Ahora lo sabreis, repuso el rey, y por mi nombre, señorita, que os arrepentireis de vuestra conducta, y vuestro cómplice de su atrevimiento. Ya adivino quién es el autor de esta pesada broma. ¡Hola! ¡luces! ¡luces!

Y apenas hubo aplicado un silbato á sus labios, abriéronse de pronto las puertas y entraron en la cámara precipitadamente varios pages con luces.

El resplandor de las antorchas cayó de lleno sobre el rey y la dama; temiendo esta sin duda que la reconociesen tantos espectadores, cubrióse el rostro con las manos.

— ¡Alzad la cabeza, señorita! gritó Enrique con tono irritado, que no he de tener ninguna consideracion hacia vos. Toda mi córte sabrá la broma que os habeis permitido con vuestro soberano, y os habeis de avergonzar ante todos. Levantad la cabeza, os digo; si habeis tenido la suficiente audacia para cometer semejante acto, debeis tenerla tambien para arrostrar las miradas de todos. Hace un momento que os estábais riendo; ahora me toca á mí. ¡Ja! ¡ja! no os perdonaria el castigo por mi mejor baronia. ¡Alzad la cabeza! ¡alza la cabeza, señorita Esclarimonda!

Y apartando con fuerza las manos con que se cubria el rostro, Enrique descubrió á todos los facciones de la dama.

Era la Torigni.

A pesar de la presencia del rey, los cortesanos apenas pudieron reprimir una carcajada.

— ¡Diantre! exclamó Enrique, ¿qué ha sido de Esclarimonda?

En aquel momento apartáronse los cortesanos respetuosamente, y vióse avanzar á la reina Luisa.

— Esclarimonda se halla bajo mi proteccion, dijo, acercándose á Enrique.

— ¿Bajo vuestra proteccion, Luisa? exclamó el rey lleno de asombro. ¿Os atreveis á tener una hugonota en vuestra compañía? Por los cuatro evangelistas! señora, sois demasiado buena católica para exponeros á quedar manchada con el contacto de una hereje.

— Creo poder simpatizar con las desgracias de aquellos cuyas creencias difieren de las mías, sin ofender al Señor, repuso Luisa con dulzura; y en este caso, cuando la inocencia y la pureza buscan en mí un refugio, no cumpliría con la primera de las virtudes cristianas que es la caridad, si les negase mi apoyo. He dado mi palabra de que Esclarimonda estará segura á mi lado.

— Debo confesar que habeis obrado con mucha cordura, exclamó Enrique con ironía, y á no dudarlo, vuestro confesor será de la misma opinion. Sin embargo, no discutiré ahora sobre este punto; pero hay una persona con la que acaso tenga que hablar. ¿Dónde está ese leal caballero, servidor de Esclarimonda? ¿Dónde está Crichton? ¿Supongo que no se habrá puesto tambien bajo vuestra proteccion? ¿Le habeis empeñado asimismo vuestra palabra?

— El caballero Crichton ha salido del Louvre, Enrique, contestó Luisa.

— ¡Imposible! exclamó el rey; las puertas se han cerrado por una orden expresa.

— A pesar de eso se ha marchado, dijo la Torigni.

— ¡Marchado! repitió Enrique. ¿Habrá sido con vuestra ayuda, señora? añadió el monarca con acento irritado.

— No, Enrique, contestó Luisa con dulzura; ni yo ni Crichton hemos tenido parte en la fuga de Esclarimonda, pues ella misma ha venido sola á ponerse bajo mi proteccion.

— ¿Y cómo ha podido escaparse Crichton? preguntó el rey volviéndose hacia la Torigni.

La dama de honor lanzó una mirada hacia la puerta secreta. El rey comprendió al momento.

— Basta, dijo, ya entiendo; pero ¿dónde está vuestro cómplice, el espectro?

— Héle aquí, señor, héle aquí, exclamó Siblot, arrastrando á Chicot, cuyos piés asomaban por debajo de la mesa; hé aquí...

— Al doctor Fernelio, contestó el bufon con aire contrito y en extremo cómico. ¡Perdon, señor, perdon! — ¿Tú Fernelio? exclamó Enrique, que á pesar de su despecho apenas podia contener la risa al ver los gestos de Chicot; ¿cómo diablos has podido producir esa voz tan cavernosa, tunante?

— Por medio de este tubo, replicó Chicot mostrando la cerbatana del vizconde de Joyeuse. Debeis confesar que he desempeñado mi papel con talento.

— ¡Una cerbatana! exclamó el rey; de aquí en adelante queda prohibido en el Louvre el uso de esos malditos tubos, y tú puedes dar gracias á mi clemencia que no te suprime con ellos.

— Seguro estoy que V. M. no pronunciaria una sentencia de destierro contra sí mismo, dijo el bufon; recordad que habeis prometido á Fernelio quererme como á vos mismo.

— ¡Tunante! tentado estoy de enviarte á su lado para

que le haga compañía, dijo el rey, pero te perdono. Joyeuse, añadió, vete con tus hombres de armas al palacio de Soissons, y si encuentras á ese pícaro Crichton ó al enmascarado, arréstalos á los dos hasta mañana. No pierdas un instante. — Señora, estoy á vuestra disposición.

XVI.

EL PALACIO DE SOISSONS.

¡Hé ahí su execrable palacio!
¡palacio del lujo, palacio de la
traición, palacio de todos los crí-
menes!

VICTOR HUGO.

Dejando el Louvre, sus fiestas y su monarca irritado, vamos á bajar á los jardines del palacio para seguir los pasos de un caballero que, disfrazado con un ancho dominó negro, marchaba apresuradamente á través de las calles de árboles cubiertas de una verde alfombra de verdura.

Todo el espacio ocupado por hermosos paseos y galerías que constituían las agregaciones del Louvre, estaban, en la época de nuestra historia, magníficamente ordenados: á los lados de los senderos espaciosos, veíanse multitud de aromáticas flores: á la sombra de seculares árboles, hermosas y artísticas estatuas colocadas sobre pedestales de mármol blanco, y de trecho en trecho oíase el murmullo de cristalinas fuentes cuyas aguas fertilizaban aquellos poéticos jardines, en los cuales se descubría el lujo y la magnificencia de Francisco I, el rey que mandó construir aquel sitio de recreo.

En el momento en que atravesaba el caballero de quien acabamos de hablar este lugar encantador, brillaba la pálida luna en medio del firmamento: durante algunos momentos, paróse el embozado contemplando la fachada del Louvre que daba hacia el punto en donde él se encontraba: las ventanas del palacio estaban completamente iluminadas por los rayos de luz que despedían las arañas de sus salones, y á lo lejos oíanse dulces y agradables armonías, que parecían el eco de la suntuosa fiesta que se celebraba: sin embargo, el caballero no se detuvo para contemplar las luces, ni escuchar aquellas armonías: su mirada estaba fija en una ventana de otra de las mas altas torres del castillo, en la cual brillaba como una estrella una luz, y su oído estaba atento al ruido que acababa de producir una ventana que se había cerrado: luego se dirigió hacia un laberinto de árboles.

El jardín de que acabamos de hablar estaba rodeado por un lado por las aguas del Sena y una fuerte muralla que, extendiéndose hacia el lado opuesto, tiene á su pié un profundo foso que le separa de las primeras casas de la calle del Gallo.

Saliendo de repente del laberinto en que había desaparecido, el caballero se arrojó á un corpulento olmo cuyas ramas iban á parar encima de la primera muralla que había frente de él.

Un soldado con el arcabuz en la mano se paseaba por la muralla, brillando su bruñido casco de acero á los pálidos rayos de la luna que alumbraba aquella escena. El caballero del dominó desembozóse, dejando ver un rico traje de baile; arrolló su capa en su brazo izquierdo, y sacando con su mano derecha un reluciente puñal, clavóle en el tronco del árbol que escaló rápidamente de esta manera, y yendo á parar á la punta de las ramas que mas se extendían, dejóse caer á pocos pasos del centinela asustado; con la rapidez del pensamiento, cogió á este que, atacado tan repentinamente, ni siquiera se atrevió á gritar por temor de morir entre las manos del que le tenía tan fuertemente asido. El arcabuz del centinela fué á parar en lo mas profundo del foso, y desarmado ya, atravesó el caballero el terraplen de la muralla y descendió hasta la mitad de la misma, apoyándose en las piedras salientes: al llegar cerca del agua detúvose un momento, y de un salto salvó el ancho y profundo foso, desapareciendo por la sombría y oscura calle del Gallo con gran sorpresa del centinela, que desde lo alto de la muralla había sido testigo de aquel hecho maravilloso y sobrehumano.

— ¡Mil diablos! exclamó poco después el hombre de armas que le había visto atravesar el foso y que se restregaba los ojos al contemplarle al otro lado, este debe ser el diablo en persona; y se santiguó devotamente añadiendo: ningún mortal, excepto uno tal vez, podría dar este salto, y todavía el escocés Crichton, que es la persona á quien me refiero, dicen que es mas que un mortal. Yo me acuerdo haberle visto ejecutar saltos de veinte y cinco piés en la sala de armas; mas esto no es nada en comparación de este foso que debe medir á lo menos nueve varas. ¡Voto á...! si es el señor Crichton y no el diablo, puede alegrarse de haberse escapado esta noche por aquí, pues si hubiese salido por una de las puertas del Louvre, si bien no se hubiera expuesto á romperse el cuello franqueando esta muralla, hubiera infaliblemente sido víctima del puñal de Maurevert ó de algun otro agente de la señora Catalina. ¡Por Nuestra Señora! si es Crichton, me alegro que se haya escapado, pues así tendremos otro combate mañana; pero ¿por qué me habrá quitado el arcabuz?

Nosotros dejaremos al centinela en sus vanas lamentaciones y pesquisas para encontrar su arcabuz, y seguiremos nuevamente los pasos á nuestro caballero, que no debió encontrarse muy seguro á la sombra de las casas de la calle que atravesaba, puesto que había vuelto á cubrirse con el dominó. Siguiendo con rapidez su camino, andando por desiertas y solitarias calles, caminaba como un fantasma, sin encontrar á su paso ni un sargento de la *guardia real*, que comunmente abundan en los barrios frecuentados. Al pasar por delante de la taberna del *Halcon*, situada en la calle del Pelicano, observó que se abrían sus puertas de repente, para dar paso á dos camaradas muy conocidos, miembros de la Universidad á juzgar por su aspecto y su traje, los cuales se dirigían sin duda á sus respectivas casas.

El uno era alto, esbelto, y no le faltaba cierta dignidad en su porte: á pesar de su poca seguridad, efecto sin duda de lo que acababa de beber, su paso era ligero y ágil como el de un montañés, y sobre sus espaldas flotaban largos cabellos rubios. El segundo llevaba su mal peinada cabeza, cubierta con un bonete negro que sombreaba sus facciones expresivas, animadas por unos ojos llenos de vivacidad y brillando en aquellos momentos de una manera no acostumbrada. Todo su aspecto indicaba una gran fuerza corporal unida á un temperamento perezoso é inerte. Con paso mas seguro que el de su amo, seguía á corta distancia un enorme perro de raza inglesa.

Al lector no le habrá sido difícil reconocer en estos dos estudiantes á nuestros amigos Ogilvy y Blount, que habíamos dejado olvidados. Muy conocidos parecieron de nuestro caballero, puesto que les paró al momento, llamando al primero por su nombre.

Ogilvy se volvió de repente lanzando una exclamación de alegría y de sorpresa.

— Os encuentro en buena ocasión, Gaspar, dijo el caballero, podeis prestarme algun servicio.

— ¡Dígame de qué manera! contestó Ogilvy, mi brazo es vuestro.

— Si vuestra cabeza estuviera bastante segura para guiarle, no lo dudo, replicó el caballero, mas la empresa que voy á intentar requiere mas sangre fria que valor, y vos estariis en mejor estado para servirme, si vuestras *libaciones* hubiesen tenido lugar en esta fuente y no en la taberna.

— Nuestras *libaciones* han tenido lugar en honor del vencedor de la Universidad de París, del admirable Crichton, respondió Ogilvy con tono de reconvencción. Mi pulso está alterado, es verdad, pero mi cerebro está todavía frio, y si necesario fuera, lo refrescaría aun mas en la primera fuente que encontremos á nuestro paso.

— Por mí, dijo Blount, nada hay que temer, noble caballero; si quereis os seguiré donde os plazca conducirme. El vino que he bebido, mas ágrico que la cerveza flamenca, dulcificado en mi boca con vuestro nombre y la saporifera *yerba de la reina*, como estos franceses llaman al tabaco que he fumado, podrán haber turbado algun tanto mi inteligencia; sin embargo, en nada han disminuido mi valor. Yo puedo todavía, mejor dicho, yo espero manejar un baston ó una espada si se presenta ocasión para ello; y si por cualquier incidente faltara á mi deber, hé aquí á mis piés á un compañero cuyo cerebro está en todos tiempos mas frio que el mio y que os servirá lealmente con los dientes y con las uñas. ¡Hola! ¡Druida!

El perro contestó al llamamiento de su dueño con un sordo aullido.

— ¡Bravo perro! dijo el caballero acariciando al animal. ¡Ojalá pudieras venir conmigo!

— ¡Por san Dionisio! él os acompañará, si así lo deseais, noble caballero, repuso Blount.

— ¿Consentirá él en dejar á su amo? preguntó el caballero.

— El hará cuanto su dueño le mande, replicó Blount, y acercándose al perro, murmuró algunas palabras á su oído, acompañando la orden con tono enfático, sin duda perfectamente inteligible por el animal, que al instante corrió á ponerse al lado del caballero. El no os dejará hasta que yo se lo mande, añadió Blount; Druida conoce su deber, tan bien como el mas fiel servidor.

— Su sagacidad parece maravillosa, dijo el caballero, y yo os agradezco la confianza que me dispensais ofreciéndome un amigo tan leal: por esto os ruego que guardéis vuestro perro; el peligro que voy á correr es inminente.

— Yo os he dado mi perro como un gaje, noble caballero, respondió Blount con firmeza, y os ofrezco á la vez mi vida, ya que tanto me pesa separarme del uno como de la otra: así os ofrezco las dos libremente. Sea cual fuere el resultado de la aventura, su fracaso ó lo que pueda suceder nada me importa; estoy poco apegado á este mundo, y por esto no temo arrostrar cualquier peligro que se me presente. Bajo este supuesto participo de las opiniones de Druida, que tiene por indigno de su valor atacar á un antagonista incapaz de excitar su cólera, y en su consecuencia jamás ha huido de ningún animal. Llevadnos, pues, señor; yo siento en mi interior un no sé qué que me obliga á seguirlos.

— ¿Y vos, Ogilvy?

Un fuerte apretón de mano fué la sola contestación de Ogilvy.

— Seguidme, dijo el caballero marchando delante de ellos.

Sin suspender el paso, el máscara les explicó rápidamente su proyecto.

— Así pues, dijo Ogilvy, parece ser que el veneciano á quien ha herido ese maton italiano es una muchacha. ¡Por vida mia! que el interés que experimenté por ella

no es tan inconcebible como me pareció. De buena gana os prestaré mi mano para arrancarla del poder de ese maldito astrólogo y salvarla de su perseguidor. Me habia extrañado encontraros con esta máscara y este disfraz; no obstante todo se explica. Teneis razon en haber tomado este partido para salvarla; no obstante no es preciso que nadie me ayude, yo solo lo cumpliré. ¿Una jóven? ¡por mi fe que es muy extraño!

— Menos extraño, amigo Gaspar, dijo el inglés sonriendo, que el cambio repentino que ha operado en tus sentimientos esa metamorfosis de sexo. Esta mañana tenias un santo horror digno de Juan Knox, para todo cuanto decia el *histrion*; y ahora que un par de bellos ojos brillan delante de tí, ya no temes confesar tus errores. ¡Ah! yo temo que tú te pasarás al campo del enemigo: estos ojos negros y hermoso semblante son dos cosas terribles, Gaspar, y las temo mas que una batería.

— ¡Bah! contestó Ogilvy, mi horror para la profesion no ha disminuido en lo mas mínimo; y si nuestro algun interés por ella es porque...

— Porque ha encontrado favor á tus ojos: no es difícil conocerlo.

— De ninguna manera, respondió Ogilvy con despecho, y si repetís esta asercion, maestro Blount creeré que teneis la intencion de disgustarme. Os repito que no estoy enamorado de esta jóven aunque sea bella. Mariana Graham, á quien he jurado fidelidad, tiene una sonrisa mucho mas dulce, aunque sus ojos sean menos brillantes y sus cabellos no se asemejen tanto á las plumas de un cuervo; me interesaba ya mucho por ella antes de saber su profesion, y sin embargo, á no ser por mi dueño y amigo que deseó le acompañase en esta empresa, podía estar largo tiempo con Rugieri en su torre, antes que yo hubiese hecho ningun esfuerzo para salvarla.

— Vuestra falta de interés por ella hace resaltar mas el cambio repentino en vuestras disposiciones, contestó Blount riendo; mas ya que esto os incomoda, dejemos este asunto y hablemos de lo que importa: nosotros la libertaremos, yo os respondo de ello.

— ¡No! exclamó Ogilvy, no se dirá que...

Iba á continuar la frase empezada con calor, cuando fué cortada por el caballero que le dijo con cierta frialdad:

— Cuando hace poco, Gaspar, te decia que tu lengua no era dominada por tu razon, no me equivocaba. Yo no puedo aceptar tu asistencia si he de estar expuesto á que fracase mi plan por tu charlataneria.

Dichas estas palabras el noble escocés calló y nuestros tres personajes marcharon en silencio largo trecho.

Llegados á la calle de los Dos Escudos, en aquel tiempo oscurecida por la sombra de gigantescos árboles que formaban la avenida y bosquecillo de los magníficos jardines de Catalina, el caballero señalando la cima de la torre del palacio de la reina que se divisaba marcadamente en el fondo del cielo alumbrado por la luna, exclamó:

— ¿Veis delante de vosotros el castillo de la encantadora? Yo no debo ocultaros el peligro que correis penetrando en él; ¿quereis adelantar?

Las dos contestaciones fueron afirmativas. Dieron entonces la vuelta al palacio, y siguiendo por la calle de Four, que ostentaba en uno de sus lados el arco construido por Bullan, bajo el modelo del palacio de Farnesio de Caprarola, se ofreció á su vista el blason y cifra de la reina madre. A esta hora y con la misteriosa luz de la luna que les alumbraba, ofrecía un aspecto fantástico el gigantescos edificio que se elevaba delante de ellos. Tal vez, jamás el carácter supersticioso de Catalina se mostró de una manera tan evidente como en la construccion de aquel inútil y orgulloso palacio; inútil, decimos, porque habia empleado ya cantidades inmensas en la construccion de las Tullerías antes y despues de la muerte de su esposo, y para nada era indispensable el que nos ocupa.

Aterrorizada mas tarde con las predicciones de sus astrólogos que le anunciaron que habia de perecer en un lugar llamado Saint-Germain, como las Tullerías se encontraban desgraciadamente en el paraje dicho Saint-Germain l'Auxerrois, por esta sola razon abandonó el espléndido edificio que ella habia mandado construir, y á pesar de innumerables obstáculos, en una época en que su tesoro se hallaba casi exhausto, pasando por encima de todos los inconvenientes, entre otros por la secularizacion de una abadía y destruccion de un convento, el de las *hijas penitentes*, para lo cual necesitó una bula del papa; por esta sola razon, repetimos, adornó aquel terreno con aquella enorme construccion, de la cual solo queda el observatorio-torre donde pronto nos dirigiremos, para describirla de una manera completa. No parecerá extraño á este lugar que despues de estos detalles, mencionemos una circunstancia sobre la cual se han apoyado los partidarios de la astrología judiciaria y que parece confirmar la profecía de cierto adivino; á saber, que Catalina, á pesar de todas sus precauciones, espiró accidentalmente en los brazos de *Saint-Germain* Favyn, obispo de Nazareth, primer confesor de su hijo Enrique III.

Nuestros camaradas se acercaron al gran arco que acabamos de citar: una media docena de mosqueteros, llevando sobre su ropilla el escudo real que brillaba con la luz de la luna, mandados por un sargento, componia toda la guardia; al ver acercarse aquellos tres desconocidos preparon sus armas y el sargento gritó: « ¡alto! »

Una breve conferencia tuvo lugar entonces; mas el sargento viendo un guante de la reina en el sombrero

del caballero, hizo retirar á sus hombres para dejar pasar á los tres personajes que acababan de llegar. Abrióse la puerta, y como el portero verificó lentamente esta maniobra, la exclamacion siguiente del sargento fué oída claramente por el caballero y sus compañeros :

— ¡Diablo! Chopin, ¡hé aquí una noche extraña! Nos han puesto aquí para evitar la fuga de Rugieri, y parece que ha llamado á su ayuda todos los demonios del infierno. Primero ha venido aquel enmascarado que ha pedido permiso para entrar y que se lo hemos negado; luego una tropa de diablos pidiendo se pusiera en libertad á una jóven actriz; por la tercera vez, aparece otro con la contraseña de la reina, no nos atrevemos á desobedecer y entra con sus compañeros. ¡Y bien! cuando creíamos ya estar libres de todo compromiso, hé aquí de nuevo varios familiares con traje de estudiantes y un perro, como no he visto otro en mi vida tan grande. ¡El diablo me lleve si yo entiendo nada! Una cosa es clara : él lleva una licencia de la reina y nosotros no podemos negarle el paso; sin embargo, será necesario que venga con una orden de Satanás el que pretenda pasar otra vez : ¡por san Pedro! no pasará sin que una bala ponga á prueba su fuerza.

— ¿Entendeis? murmuró el caballero á sus compañeros; nuestro enemigo se nos ha adelantado; no, debemos perder ni un momento.

El portero temió al ver al enmascarado, é involuntariamente se restregó los ojos y miró de nuevo para reconocer otra vez el guante de la reina madre, y un momento despues nuestros tres personajes se encontraban en el patio del palacio.

(Se continuará.)



El abate Coquereau.

El abate Coquereau.

La curiosa é inteligente personalidad del abate Coquereau, capellan mayor del ejército francés, mereceria un estudio muy detenido bajo distintos conceptos. Pero nos quedan de él pocas cosas : un libro sobre la *Historia de la expedicion á Santa Elena en 1840*, eso es todo; pues sus sermones, que fueron tan elocuentes, su conversacion siempre tan agradable, ¿dónde encontrarlos sino en sus labios finos y casi irónicos? El abate Coquereau habia nacido en Laval el 27 de noviembre de 1808. Educado en un colegio breton, vino á Paris, cursó derecho, y despues de haber obtenido en su exámen cierto número de bolas blancas, volvió al departamento de Mayenne donde sintió el deseo de hacerse sacerdote. Con efecto, pasó á Vannes, donde se encontró con el hermano de Lamennais, entró en un seminario y tomó las órdenes.

Coquereau habia nacido orador y necesitaba el púlpito ó la tribuna. Habiendo desdeñado el foro se puso á predicar, y sus predicaciones le dieron una autoridad inmediatamente. Llamáronle á Paris donde el cura párroco de San Roque, el futuro Monseñor Olivier, le cobró mucho afecto, y luego fué nombrado capellan de la *Belle-Poule*, aquella fragata que, bajo las órdenes del principe de Joinville, fué á buscar á la isla de Santa Elena el féretro de Napoleon. De aquel tiempo data la popularidad del abate Coquereau. A su regreso publicó una relacion de este viaje muy notable, de la cual citaron los periódicos distintos pasajes, despues del fallecimiento de su autor.

Citemos tambien nosotros este bellísimo cuadro de la exhumacion nocturna del emperador : « Embozado en mi capa y apoyado en el tronco de un sauce, no



TEATRO LIRICO. — *Freischütz*, de Weber. — (Véase la Revista de Paris del número 729.)

podía cansarme de contemplar lo que pasaba ante mis ojos : aquel valle de formas irregulares, fantásticas, por efecto de las sombras; aquellas dos inmensas tiendas blancas, que oscilaban sin cesar, agitadas por el viento;

aquel pálido resplandor de las lámparas, que las alumbran como la lámpara de los sepulcros; aquel ruido de armas de las centinelas que relevan, mezclándose con el ruido de la brisa que se engolfaba en el barranco

con sus voces y sus quejidos... » Hé ahí el epilogo de un gran reinado.

El abate Coquereau fué nombrado canónigo de San Dionisio, y ha muerto de capellan de la armada, título que solo tenia hacia algunos años.

Una inteligencia muy despierta, una apariencia florida y sana, un lenguaje animado y pintoresco, tal era el abate Coquereau que, en sus sermones fáciles de comprender y llenos de entusiasmo, mereció este sobrenombre que es también una gloria, de *Bosuet de los marineros*.

O. R.

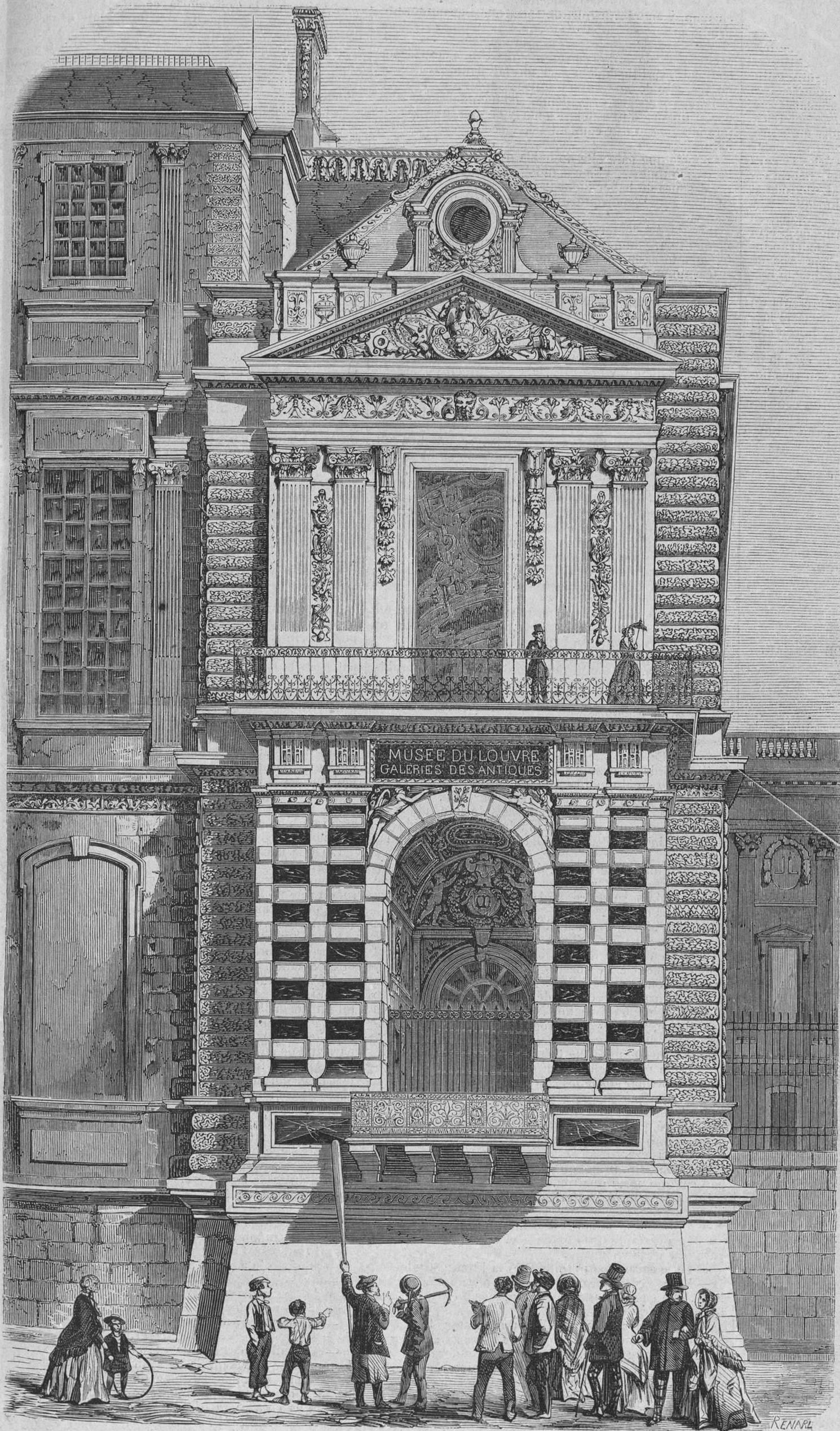
El balcon llamado

DE CÁRLOS IX, EN EL LOUVRE.

La parte mas antigua de la galeria del Louvre que hace frente al Sena, y la construcción que la une al antiguo Louvre, habian permanecido exteriormente del mismo modo que las dejaron Carlos IX y Enrique IV. No hace muchos años que esculpieron la fachada de la una y restauraron completamente el segundo, donde está la magnífica galeria de Apolo. Debajo de esta galeria se encuentra el Museo de antigüedades, galeria que formó parte de las habitaciones de Ana de Austria, y á cuya extremidad hay un balcon que mira al rio y que posee una triste celebridad histórica. Dicese que desde ese balcon Carlos IX tiró contra los hugonotes durante los degüellos de la noche de San Bartolomé. Para consagrar la memoria de este hecho, el municipio de Paris dió un decreto el año III, mandando que se levantase allí un poste de piedra con un letrero infamante; y con efecto, por espacio de seis años se leyó esta inscripcion que mandó quitar el primer cónsul Bonaparte: « Desde este balcon el infame Carlos IX, de execrable memoria, tiró contra el pueblo con una carabina. » En esta tradicion hay mas de un punto contestable; pero sea como quiera, y aunque Carlos IX no fuera culpable de tan inútil disparo, su memoria no dejaría de ser por esto menos odiosa. Lejos de reprobar los degüellos de la San Bartolomé, dijo con orgullo en pleno Parlamento que él los habia ordenado. De un carácter débil, hipócrita y cruel, mandó degollar en masa á un partido en el que se apoyaba la vispera su política flotante, ó mejor dicho, la de su madre, Catalina de Médicis; permitió que mataran á amigos suyos con quienes habia pasado la velada jugando, sin salvar á otro que al médico Ambrosio Paré, porque no podia prescindir de sus luces para una enfermedad de difícil cura, y de la cual habia muerto su abuelo Francisco I.

Sin embargo, preciso es reconocer que en la inscripcion del año III se observa el espíritu parcial de la época. Se dice en ella que el rey tiraba contra su pueblo; ahora bien, si hubiese sido así, Carlos IX no habria hecho mas que lo que hacia el pueblo, con aquel pueblo que le aplaudia cuando iba al osario de Montfaucon con su madre, sus hermanas y la corte, á ver el cadáver del almirante Coligny colgado de los piés. La verdad sobra y basta para que sea execrado en Francia el nombre de Carlos IX.

Pero hay una razon de mu-



El balcon llamado de Carlos IX en el Louvre.

cho peso contra la veracidad del hecho de que tratamos : y es que el famoso balcón del Louvre, por donde suponen asomó el rey su carabina, no existía entonces. En medio de la confusión y de la incertidumbre de las épocas en que han sido construidas las diferentes partes del palacio contiguas al pabellón de que aquí nos ocupamos, se reconoce que la galería que se extendía del viejo Louvre á la orilla del Sena, encima del jardín de la Infanta, y construída por Catalina de Médicis y Carlos IX, no se adelantaba hasta el punto en que termina hoy sobre el muelle; de cuyo modo esta primera porción de la fachada sobre el jardín es de otro estilo que la que le ha sido añadida y que comprende las tres últimas ventanas de la galería de las antigüedades por el lado del muelle. Este extremo fué añadido por Enrique IV, como lo atestiguan las H conservadas en la restauración de la fachada.

El balcón desde el cual habria tirado Carlos IX contra los hugonotes por el otro lado del Sena, habria estado detrás, con relacion al balcón actual, de todo el largo de las tres bovedillas añadidas por Enrique IV, y este que reproducimos aquí y que se lleva la fama, se encuentra inocente de tan horribles recuerdos de guerra civil y de religion. Por eso el restaurador moderno introdujo una nueva cifra entrelazada, AL, por Ana de Austria, que mandó adornar tan magníficamente esta parte del Louvre, y por su hijo Luis XIV.

La ventana de la galería de antigüedades presenta un hueco profundo abierto al aire y cerrado hácia el balcón con una simple reja. El interior de este hueco está adornado con mármoles, pinturas y dorados. En el fondo y encima de la ventana está el doble escudo de Francia y de Navarra; el primero de azul con tres flores de lis, y el segundo de gules con la cadena de oro. Toda esta decoracion con sus colores forma un contraste singular en medio de esa larga fachada donde se ofrece á la vista como un accidente aislado. Mucha materia daria este pabellón si hubiéramos de hacer su crítica; pero nos atenemos solo á lo dicho, que es lo referente al balcón que tan infundadamente ha venido á ser en Paris una curiosidad histórica. J. D. P.

La Marquesa de Pinares.

NOVELA ORIGINAL

DE LA SEÑORA DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Continuacion.)

Un dia, manifestando á Clementina su resolución, la dijo:

— ¿Hija mia, estás dispuesta á otorgarme una promesa que voy á exigirte?

— Mi deseo es complaceros.

— Antes quisiera saber el estado de tu corazón; dime pues, ¿has conseguido olvidar el amor de Alberto?

Clementina bajó la mirada al suelo, y una lágrima ardiente y silenciosa que se deslizó á lo largo de sus mejillas al propio tiempo que se escapaba de su pecho un profundo suspiro, demostraron al anciano con claridad lo que pretendía saber.

— ¿No me respondes? dijo, ¿luego le amas todavía?

— Mandadme cuanto queráis, siempre que vuestras órdenes puedan ejecutarse por mi voluntad ó mis sentidos, y os obedeceré sin replicar, pero no me mandéis olvidarle, porque no puedo dictar leyes á mi corazón, ni arrancar su imagen de mi pecho.

— ¿Desgraciada! ¿Tanto le amas?

— ¡Ah! fué mi primero y último amor.

— Debes, hija mia, hacer un esfuerzo supremo por dominar ese sentimiento. Nunca podrás ser su esposa, os separa una barrera insuperable, y de otro modo vuestro amor es un crimen.

— Explicadme por Dios ese misterio.

— Hoy no puedo; para decírtelo necesito saber y convencerme de que ya no le amas, y para decírselo á él, estoy recogiendo datos indispensables, que inmediatamente le harán desistir de su propósito, retirándose á un paraje donde no os volváis á ver.

— ¡Oh, Dios mio, Dios mio!

— Valor, hija mia; el obstáculo que os separa es tan grande, tan inmenso, que no hay esfuerzo ni humana voluntad para vencerle.

— ¿Y qué haré, triste de mi!

— Olvidarle.

— No puedo.

— El tiempo todo lo borra; prométeme que no le escribirás, que no darás paso alguno para descubrirle tu paradero, y quedaré satisfecho. Esta promesa que exijo de tu corazón, es por tu felicidad, por asegurarte un porvenir, si no dichoso, tranquilo al menos y sin remordimientos.

— ¿Me es imposible prometer nada!...

— Te lo mando por la sagrada memoria de tu madre y lo exijo en su nombre.

La voz del anciano tenia cierta solemnidad que intimidó á la jóven y no pudo menos de prometer cuanto de ella se exigía.

¡Ay! promesas arrancadas por la severidad y el temor á una niña tímida, inocente y apasionada; ¿quién puede

asegurar que se cumplirían? Sin embargo, la infeliz Clementina hizo un esfuerzo supremo por obedecer al anciano, combatió en su pecho aquel amor que la ausencia acrecentaba, y fiel á su palabra, no dió paso alguno por saber de Alberto, ni pretendió informarle del sitio adonde la habian conducido.

Al llevar á cabo esta resolución, tuvo que sufrir muchísimo, y aquel sufrimiento, sordo y comprimido, imprimió pronto sus huellas en aquel hermoso rostro, en el que se retrataba su tristeza profunda.

El sonrosado brillo de sus mejillas, desapareció por completo, sustituyéndole una mortal palidez. Sus ojos negros, grandes, de mirada dulce, penetrante, estaban hundidos y apagados, brillando solamente á intervalos por el fulgor de una fiebre lenta y penosa, que iba alterando su salud y combatiendo poco á poco su débil naturaleza.

Conoció que para ella no habia otro remedio que Alberto ó la muerte, y se resignó á morir como una mártir, despues de haber luchado en vano por desterrar de su alma aquel amor que aniquilaba y destruía su salud y su vida.

Inés llegó á comprender el motivo de la tristeza de Clementina, y aunque no la fué revelado todo el secreto, supo lo bastante para emplear constantemente todo su cariño en dulcificar aquella amarga y continua melancolía.

Hallábanse una tarde paseando por la márgen del florido arroyuelo que, atravesando la aldea, cruzaba tambien por los jardines de la casa de Genoveva.

— ¡Amiga mia! dijo Inés á Clementina, tu tristeza crece con el tiempo, y me aflijo porque no halló recursos en mi mente para calmarla.

— ¡Y si quieres un imposible!

— Yo estaba casi convencida que no hay imposibles para una voluntad firme y decidida, pero estoy tocando el desengaño.

— ¡Vaya si los hay! por ejemplo, segun dice mi abuelo, mi union con el hombre que amo es absolutamente imposible.

— No hagas caso; existirá ese obstáculo en su mente porque no le convenga vuestra boda. Tambien mi madre me prohíbe amar á Tirso, y á todas horas clama que es imposible nuestro casamiento.

— ¿Pero tú le escribes y sabes de él?

— Eso sí, y viene tambien á verme.

— ¿Qué hace en Madrid?

— Está de secretario en casa de un marqués.

— ¿Y tu madre os niega su consentimiento?

— Pero de una manera terminante; luego tiene un carácter tan severo, que no se la puede contradecir ni darla razones de ningun género.

— ¿Y en qué se apoya?

— En nada. Dice que tiene sus motivos para prohibirme amarle, y hace un gran empeño porque me case con un primo mio, á quien, dicho sea de paso, no puedo ver ni en estampa.

— Aquí tenemos otra como la de mi abuelo; sin darnos explicaciones, se contenta con decir: «vuestro amor es imposible, borradle del corazón,» como si fuera tan fácil dar órdenes como arrancar un sentimiento que se ha grabado en el alma con indeleble raiz.

— No te canses ni pierdas la esperanza, esas son aprensiones, consecuencias naturales de su edad.

— El caso es que yo sufro mucho: he prometido olvidarle, y lejos de conseguirlo, le amo cada vez con mas delirio.

Clementina, al decir esto, dejó correr de sus ojos lágrimas abrasadoras, y apoyando su cabeza en el seno de Inés, buscó en su dulce amistad un grato consuelo á sus acerbos dolores.

— No te aflijas, querida Clementina, ni pierdas nunca la esperanza. La oposicion de tu abuelo debe dimanar de su odio al padre de tu Alberto; con el tiempo, y al ver la constancia de vuestro amor, acaso se extinga y consienta en haceros felices.

— Conozco que la causa debe ser esa, pues cuando Alberto le pidió mi mano, contestó: «para el hijo de don Alvaro, jamás,» y al propio tiempo, manifestó hácia él un odio profundo.

— Pues no temas, que todo se borra con el tiempo.

— Tiene mi abuelo un carácter demasiado inexorable para olvidar sus odios con facilidad.

— ¿Y qué culpa tiene el hijo de las faltas de su padre?

— Y qué quieres, esto no se puede discutir con él, se pone furioso y no hay mas remedio que callar y morir de tristeza.

— Vamos, lo mismo que mi madre; parece que los han cortado por un patrón.

Una criada llegó á interrumpir la conversacion de las jóvenes.

— ¿Qué traes, Marcela? dijo Inés.

— Esta carta que me ha dado el criado de don Tirso para que os la entregase.

— Te lo agradezco infinito, dijo la jóven con alegría.

— Me voy corriendo, no me sorprenda la señorita Dolores, que siempre está en acecho, y se lo diga á vuestra madre.

— Sí, Marcela, vete; yo sabré recompensar tu lealtad.

El contento de Inés era extremado; pero supo ocultarle á su amiga, por no aumentar su tristeza.

— ¿Es de tu amante? la dijo Clementina.

— Sí; me anuncia que le espere esta noche en la reja: como mañana es domingo, ha pedido permiso, y viene á pasar aquí el dia.

— Mucho me alegraré conocerle.

— ¿Es tan bueno!... Yo no sé por qué mi madre le

odia; sin duda porque nunca quiso bien á su familia.

— ¿Es de este pueblo?

— Aquí nació. Sus padres eran riquísimos, pero fueron tan derrochadores, que en poco tiempo perdieron todo su caudal, y al morir dejaron á Tirso, único hijo que tenian, en disposicion de sostenerse á costa de su trabajo.

— Ahí tienes la causa de la oposicion de tu madre. Creerá que vas á ser infeliz, si el hijo sigue el sistema de su padre.

— Por eso y porque mi primo es labrador, y le conviene mucho su alianza conmigo, para que se encargue de las continuas tareas que esta profesion nos proporciona.

— ¡El interés, su propio egoismo! Acaso sea idéntica la causa en que se funda mi abuelo. A su edad, el corazón no siente, está frio, porque ha perdido el calor que en la juventud le prestan las pasiones, y juzgando por sí mismos, nos sacrifican sin remordimiento alguno, firmemente persuadidos de que cumplen su deber. ¡Ay, para juzgar con acierto, el corazón no debía nunca envejecer!...

LXIII.

VISITA NOCTURNA.

VII.

Inés habló con su amante aquella noche, segun habia manifestado á Clementina; su conferencia duró largas horas, y tocaron varios puntos, extendiéndose sobre todo, en lo referente á la desgraciada nieta de don Gil.

Tirso, que era un muchacho muy amable, instruido y de mucho talento, muchacho á su amada su deseo de conocer á Clementina, y convinieron en verse al siguiente dia en la primera misa que se celebrase en la iglesia.

Con efecto, sucedió segun lo habian dispuesto. El jóven y gallardo amante de Inés, se colocó cerca de la puerta, con objeto de verlas entrar y ofrecerles el agua bendita, lo cual hizo efectivamente sin tener el gusto de poder hablarlas, porque iban acompañadas de don Gil y de Dolores.

Se contentó con dirigir á Inés una tierna mirada, que le fué devuelta del propio modo, demostrando su muda expresion, el tesoro de amor que en sus corazones se escondia.

A Clementina la miró con atenta curiosidad, y quedó pensativo creyendo reconocer aquellas hermosas facciones marchitas por la tristeza y el dolor. Sin poderlo remediar, desde aquel momento sintió una secreta simpatía por la pálida y triste niña, que cual una mártir, sobrellevaba sus dolores con una santa resignacion, aunque el mal estaba encarnado en su alma, y no podia destruirse.

— ¡Ah! se decia Tirso, yo conozco á esta hermosa jóven, no puedo dudar de la he visto, pero ni recuerdo dónde ni en qué época. Su fisonomía no me es desconocida, ni tampoco esa expresion de melancólica bondad que tanto la distingue.

Se concluyó la misa, los circunstantes salieron, y Tirso, despues de haber cambiado con su amada un signo de inteligencia, se retiró á su casa pensando en Clementina.

Llegó la noche, y con ella la oscuridad y el silencio. Las calles de Villacotin estaban completamente desiertas, solo en una, próxima á la carretera, dibujábase la sombra de un hombre que se paseaba á lo largo de la tapia donde caía el balcón de la habitacion que ocupaban Inés y Clementina.

Suena un pequeño ruido; una ventana del piso bajo se abre, y aparece en ella Inés. Al distinguir la sombra de su amante, dijo:

— ¿Tirso, amigo mio, eres tú?

— Sí, yo, que espero hace dos horas acompañado de mi impaciencia.

— Y qué quieres, no he podido venir antes; esa pobre Clementina sufre tanto, que no me parece bien separarme de su lado hasta que la dejo dormida.

— Aplaudo tu modo de pensar; y con todo, sentia tu tardanza, porque tenemos muy pocos minutos para hablarlos; como esta es la visita de despedida, hubiérame sido grato prolongarla.

— ¿Cómo de despedida, acaso no volverás el domingo?

— Creo que no: el marqués me ha mandado prepararme para emprender un largo viaje, y debo estar en Madrid antes de amanecer.

— ¡Oh, Dios mio! ¿Y no sientes esta ausencia?

— Con toda mi alma; pero la gratitud y el deber me encadenan al marqués, y no puedo abandonarle precisamente cuando mas necesita los consuelos y cuidados de mi tierna solicitud.

— ¿Cuánto le amas!

— Mucho, Inés; le debo mi posicion, mi fortuna; sin él nada soy, nada valgo, y si he de conseguir ser tu esposo, debo permanecer á su lado.

— Tienes razon, no seré yo quien pretenda apartarte de la senda que te señala el deber.

— Sin embargo, antes de marcharnos apuraré todos los medios para retenerle en Madrid, y en último caso le confesaré mi amor; su padecimiento dimana de igual causa, y quizá tenga lástima de mí.

— Si está enamorado, es una ventaja, porque comprenderá nuestros dolores.

— ¡Es tan infeliz!... y como la desgracia, igualmente

que la felicidad, suele á veces tornar egoistas los corazones mas sensibles, temo no haga caso de mis quejas.

— Parece que la suerte nos destina á presenciarse las amarguras de amantes desgraciados; tú al lado del marqués le alientas y consuelas, yo cerca de Clementina procuro distraer á todas horas su acerba melancolía.

— Si pudieran reunirse se consolarían mutuamente.

— ¿Sabes que sería una magnífica idea? Hazle venir, á ver si consigues distraerle de ese malhadado viaje que nos va á separar.

— Puede ser que lo intente. Le diré que entre los laureles de este escondido valle suspira otra víctima de amor; le pintaré con los mas vivos colores su hermosura y su dolor, y acaso entre en deseos de conocerla.

— ¡Oh, sí, hazlo y nos hemos salvado!...

La luna espléndida y hermosa apareció en el Oriente iluminando con sus fúlgidos rayos á los venturosos amantes, que absortos en su conferencia no sentían transcurrir las horas.

Inés estaba muy bella; las trenzas de sus largos y negros cabellos caían en descuido por sus hombros, Tirso, apoderándose de ellas las besaba con dulce ternura.

— ¡Ay, Inés mia, cuánto siento separarme de ti!...

— ¿Ya te vas?

— Es preciso; aunque mi alma queda en Villacotin, el deber me llama á la corte.

— Tienes razon, separémonos; aprenderé de Clementina á sufrir con resignacion y paciencia.

— Traeré pronto al marqués si puedo convencerle, á ver si tiene el poder de calmar los tormentos de esa pobre flor que se consume lentamente.

— Acaso los alivie; calmarlos del todo es imposible. Su amor es de tal naturaleza, que no consiente olvido, ni admite sustitucion de otra persona. Todos los hombres están demás en el mundo para ella, solo Alberto domina sus sentidos.

— ¡Alberto, has dicho Alberto!

— Sí, es el nombre de su amante.

— ¿Y no sabes mas?

— No; nunca me ha dicho su apellido ni su posicion.

— ¡Qué rara coincidencia! tambien el marqués se llama Alberto.

— ¿Será posible? ¡Oh, si fuera él, qué sorpresa tan grata la dariamos!...

— Infórmate de todo minuciosamente; yo de todos modos volveré mañana.

— Entonces, adios; no quiero detenerte.

— Adios, amada mia; no me olvides.

— ¡Olvidarte, cruel!...

— ¡Adios!...

Su último adios se perdió entre las brisas de la noche. Tirso, montando en su caballo, partió á escape, cruzando con rapidez los olivares de Villacotin.

Inés cerró la ventana, y al ir á salir del aposento, vió una ligera sombra deslizarse por la galería, y encontró abierta la puerta que habia dejado cerrada.

— ¡Ah! murmuró con desaliento. Me espían; han estado escuchando mi conversacion. Pero ¿quién puede ser?

Absorta en este pensamiento, subió á su habitacion y se dirigió á su alcoba sin hacer ruido. Clementina tenia luz en la suya, lo cual hubo de extrañar Inés, y se acercó á preguntarla si estaba enferma.

— ¿Inés, estás ahí, querida mia? preguntó Clementina al sentir la aproximacion de su amiga.

— Yo soy, que vengo cuidadosa á informarme de tu salud.

— Me encuentro bien; pero he pasado mucho miedo por tí.

— ¿Por qué?

— Apenas te marchaste dejándome dormida, desperté con sobresalto, oyendo un ruido extraño en la sala. Me levanté, y á la luz de la luna, vi á Dolores que registraba tu alcoba, y no encontrándote, se asomó por el balcon; sin duda os vió en la reja, porque se marchó abajo corriendo.

— Yo he conocido que nos escuchaban, pero no pude figurarme fuese ella; y lo siento, porque hemos hablado de tí.

— ¡De mí! ¿Y qué habeis dicho?

— Muchas cosas.

— Dimelas.

— Dime tú ante todo el nombre de tu amante.

— Alberto, ¿no lo sabes?

— ¿Y no tiene un titulo?

— Sí; es el marqués de Valle-Real.

— ¡Oh, qué felicidad, es el mismo!...

— ¿Pero quién?

— El marqués á quien Tirso sirve de secretario.

— ¿Qué dices? ¡Tú estás loca!...

— ¡Sí, loca de alegría!... mañana vendrá con mi amante... y le verás.

— ¡Oh, Dios mio... será posible... Alberto, Alberto!...

Las dos amigas pasaron la noche estrechamente abrazadas.

LXIV.

LA SORPRESA.

VIII.

Apenas la rubia aurora comenzaba á iluminar los campos con su luz diáfana y pura, cuando las dos jóvenes amigas se paseaban por el jardin.

El cariño y la confianza que se inspiraron mutuamente habia llegado al mayor extremo; no se apartaban una de otra, ni sentian el mas leve pensamiento sin que se lo comunicasen.

La envidia y el coraje de Dolores por aquella intimidad de que no participaba, iban en aumento, de igual modo que la desconfianza hacía ella, de quien se guardaban con el mas minucioso cuidado.

— ¡Cuán bella está la mañana, qué apacible! este fresco ambiente y el blando gemir de ese riachuelo, me recuerda con placer mi delicioso valle, dijo Clementina sonriendo con alegría, acaso por primera vez desde que estaba en Villacotin.

— ¡Oh, gracias á Dios, querida mia, que por fin veo asomar la sonrisa á tus labios y la animacion á tus ojos! exclamó Inés, contemplando á su amiga con dulce interés.

— Sí; tu revelacion de anoche me ha trasformado completamente. ¡Es tan triste perder las esperanzas!...

— ¿Y tú no confiabas en volver otra vez á tus sueños de ventura?

— Un porvenir muy negro se presentaba á mis ojos con la ausencia de Alberto que juzgué eterna; pero ya me parece que en medio de esa oscuridad brilla una nube rosada.

— Y aun brillará mas pura y fulgente con la presencia de Alberto.

— ¿Tú crees que vendrá?

— No puedo dudarle. Tirso le hablará de tí, de tu tristeza, y por último, cuando sepa tu nombre y que vives en esta aldea, cesarán sus vacilaciones, si ha tenido algunas, faltándole tiempo para venir á postrarse á tus piés.

— Deseo ese momento y le tiemblo.

— Yo los espero esta noche. Tirso ha llegado á Madrid hoy al amanecer, en todo el dia le hablará, y con la oscuridad de la noche vendrán; á las doce los tenemos en la reja.

— ¿Cuánto tardan en el tránsito?

— Con buenos caballos dos horas escasas.

— ¡Oh, Dios mio! ¿y si mi abuelo nos descubre? Dolores está siempre en acecho y puede decirselo.

— Ya trataremos de evitar su espionaje.

— ¿De qué modo?

— Encerrándonos en la sala de arriba. Estaremos en el balcon hasta verlos venir, y como yo tendré tambien en la sala baja echada la llave, no puede saber si estamos en una ó en otra. Y sobre todo, sospechará que estoy hablando con Tirso, pero de tí nada puede figurarse.

— Mira, á la derecha se han movido unas ramas con una oscilacion demasiado fuerte, que no ha podido producir la brisa; quizá sea ella que nos escuche.

— Pretenderá hacerlo, pero se lleva chasco, porque hablaremos en voz baja, ¿quieres que la sorprendamos?

— No, déjala, y vamos si gustas á pasear al campo, ¡está la mañana tan hermosa!...

— No puede ser, nos esperan en la huerta don Gil y mi madre, creo han improvisado un almuerzo al aire libre, y si faltamos se incomodarán.

— Tienes razon, á la tarde iremos al campo, ténlo presente y llévame á una altura desde donde se alcance una gran parte de terreno. Gozo muchísimo al contemplar, bien sea á la aurora ó en el ocaso del sol, un horizonte sin límites, y ese azul espléndido del cielo en armonía con el bello cuadro de la naturaleza en tan solennes y poéticas horas.

— Satisfaremos tu deseo en esta misma tarde.

Las dos jóvenes reuniéronse con Dolores y otras varias señoras del pueblo, y se marcharon á la huerta con objeto de asistir al campestre almuerzo improvisado por don Gil, con ánimo sin duda de distraer á su nieta, y hacerla olvidar aquella pasion funesta que se imaginaba poder extinguir con el recreo y las diversiones.

Pasaremos por alto todos los incidentes de este dia, haciendo transcurrir diez horas con la velocidad del pensamiento, y porque á los amables lectores no se les haga pesada la narracion.

Serian las cinco de aquella tarde cuando Inés y Clementina, tomando las sombrillas y los graciosos sombrerillos de paja, salieron sin ser sentidas por la puerta del jardin. Encontráronse en el campo, y siguiendo una estrecha senda, fueron á salir cerca de una calle de árboles que conducia á la ermita de la Soledad.

— ¿Qué edificio es aquel? preguntó Clementina.

— Una ermita; ¿quieres verla?

— ¡Oh, sí! ¿Estará abierta?

— Creo que sí; en este tiempo no suele cerrar el ermitaño hasta las doce de la noche.

— Vamos allá, y rogaremos á la Virgen nos conceda su proteccion.

Clementina oró con fervor ante el altar, y sintiéndose conmovida por recuerdos dulcísimos, tuvieron que salirse porque su llanto corria con abundancia.

Sentáronse á corta distancia del santuario en una pequeña eminencia, y á la sombra de un corpulento álamo.

— ¿A qué ese llanto, querida mia? preguntó Inés.

— Recordé la ermita de Villaverde, el sepulcro de mi madre, y la declaracion de Alberto en aquel sitio, y entre tales recuerdos, corrieron mis lágrimas sin poderlo remediar.

— Yo siento que te aflijas cuando tienes mas bien motivos de alegría.

— Es que lloro de placer, ó al menos, no creo estar triste en este momento. Todo cuanto distingo desde aquí me recuerda á Valle-Real, ese campo, ese riachuelo que va saltando entre las guijas jugueton y espumoso, esta

santa casa, y por último, el árbol que nos da sombra y que quiere asemejarse en majestuosa pompa al árbol de la esperanza. Allí vi á mi amante por vez primera, y el dia que nos separó mi abuelo estuvimos muchas horas contemplando el tranquilo curso del rio, que murmuraba á nuestras plantas. Alberto me dió su retrato, y recibí en cambio uno mio que me hice en Madrid al salir del colegio.

— ¿Y no me le has enseñado?

— Mirale; jamás se aparta de mi pecho.

— ¡Qué guapo es!

— No es solamente hermosura lo que tiene, querida Inés, lo mas admirable es la expresion simpática de noble majestad que revela su fisonomía. En su despejada frente y en la profunda mirada de sus negros ojos, se distingue el talento mas distinguido y la mas pura bondad.

— En eso se parece á tí; la expresion de tu rostro es idéntica, y tambien tu fisonomía revela los sentimientos de tu alma. Parece que la naturaleza se ha complacido en formaros con una semejanza que asombra, pues hasta tus ojos son tambien negros, y en ellos se distingue esa mirada igualmente dulce y profunda.

— Será ilusion tuya.

— No lo creas, es la realidad.

— ¡Dámele! mi único recreo es contemplarle.

Clementina cogió el retrato y fijando en él la vista casi con adoracion, exclamó:

— ¡Oh, Alberto! cuán feliz sería tu Clementina si pudiera verte á todas horas así como á tu retrato.

— ¡Pues contéplame y sé feliz, hermosa mia! gritó un jóven con vibrante y sonora voz, y arrojándose á los piés de Clementina.

— ¡Oh, Alberto, eres tú! dijo sin poder contener su emociion.

— Yo, sí; tu amante que no puede vivir sin tí: apenas supe tu retiro, he corrido como un loco hasta encontrarte.

— ¡Oh, Dios mio, será verdad tanta dicha!...

Tirso estaba detrás con Inés sumamente contentos y satisfechos, dábanse el parabien por haber contribuido á la felicidad de aquellos seres tan dignos de ser queridos.

— ¡Cuánto he sufrido, Clementina mia! exclamó Alberto despues de un rato de muda y estática contemplacion. ¡Por todas partes buscándote... y siempre vano mi afán!... ¡Pero ay, ya estoy á tu lado y nadie será capaz de separarnos! ¿Y tú, te has acordado de mí, sentias mi ausencia?

— Juzga mi corazon por el tuyo, comprenderás mi dolor; he derramado lágrimas muy amargas, sin poder apartar tu imagen de mi alma. Me han exigido la promesa de olvidarte, y me fué imposible cumplirla, porque mi pasion no es de esas que se borran como las huellas sobre la arena que destruye el impetuoso huracan.

— ¡Oh, ángel mio! exclamó Alberto arrebatado de gozo, ¡qué feliz soy con haberte inspirado un cariño tan puro!... Pero ¿por qué tu abuelo con tanta crueldad se empeña en romper el tierno lazo que une nuestras almas?

— La verdadera causa la ignoro; mas he llegado á sospechar que profesaba á tu padre un odio encarnizado, y aun hoy que hace tantos años ha muerto, no se extingue ni transige de modo alguno. Su carácter es inflexible, y jamás nuestros ruegos conseguirán conmovier su corazon de piedra.

— Por muy poderosa que fuese la causa que tenga para odiar á mi padre, la muerte debió borrar en él ese sentimiento, y aun cuando no, ni tú ni yo tenemos la culpa de su enemistad para que nos sacrifique inhumanamente.

— Lo comprendo muy bien, y no hallo un remedio á nuestro mal.

— Lo buscaremos, Clementina; y tan eficaz que no quede ni raiz. Esta noche trataremos de ello; segun me ha dicho Tirso, habla con su amada por una reja, esperadnos las dos y no temas, que si el destino se nos muestra propicio, en breve seremos esposos ante Dios y ante los hombres.

— ¡Quiéralo el cielo! yo por mí, si continúo sufriendo de este modo, no podré sobrevivir á mis crueles dolores.

— ¡Ah, vive, hermosa mia... vive para la felicidad! aunque te encuentre muy pálida, muy cambiada, el bálsamo de mi amor sabrá devolverte la salud y la alegría.

— Señor marqués, dijo Tirso acercándose con respeto; dispensad si os interrumpo, pero como yo conozco las costumbres de este pueblo, veo es una imprudencia permanecer aquí mas tiempo, pueden descubrirnos de un momento á otro, y sobre comprometer á estas señoritas, nos exponemos á no poder hablarlas esta noche con la dilacion que nos plazca.

— Tienes razon, amigo mio. Retírate con tu amiga, querida Clementina, desde lejos seguiremos vuestros pasos y os veremos entrar en el jardin.

— Adios, pues; hasta la noche, dijo Clementina con un cariñoso signo de despedida.

— Adios, amada mia; no faltaremos á las doce.

— Seremos exactas.

— La seña es una palmada, ¿lo entiendes?

— De eso cuidará Inés, como mas práctica en el asunto, repuso la jóven sonriendo.

— Quedad tranquilo, señor marqués, y fiad en nuestra lealtad, dijo Inés saludando y dirigiéndose con su amiga por la calle de árboles que debia conducir las á su casa.

LXV.

MELANCOLÍA.

IX.

Para informar á nuestros lectores de lo que habia acontecido al marqués despues de alejarse Clementina de Valle-Real, nos es indispensable retroceder algunos dias, volviendo por un momento á visitar las risueñas márgenes del Tajo.

Le dejamos sumido en la mas honda desesperacion, con la vista extraviada y en actitud delirante, dirigiendo á su amada un adios tristísimo y doloroso. Una fuerza superior á la suya los separaba violentamente, y una voz fuerte, autorizada, y en la que se advertia el dominio de la autoridad paternal, le prohibió seguirlos.

El infeliz Alberto no tuvo fuerzas para sufrir tan rudo como inesperado golpe, y mas al ver el desmayo de Clementina, la que no pudo, ni aun con sus tiernas miradas, enviarle un adios de despedida.

Sostúvose en pié mientras pudo distinguir su ropaje flotando á merced del viento, empero cuando apareció entre los dos árboles, cayó en tierra oprimiéndose el corazon con las manos, y exhalando un gemido inmenso, prolongado, que demostraba toda la violencia de su dolor.

Llegó la noche, sus enlutadas sombras le sorprendieron clavado en el mismo sitio, presa del mas cruel abatimiento y sin ánimo ni voluntad para levantarse ni para ir á su palacio á buscar el descanso que tanto necesitaba su espíritu.

Muchas horas pasó en aquella especie de letargo, sintiéndose algo reanimado con el fresco de la madrugada. Entonces se levantó, y con un acceso de frenético delirio que le hacia asemejarse á un demente, echó á correr con direccion á su casa.

Sin hacer caso de la alarma y sobresalto que todos sus criados habian sufrido por su ausencia, les preguntó:

— ¿No han venido á buscarme?

— No, señor.

— ¿Nadie?

— Absolutamente nadie.

— ¿No han traído ningun recado para mí?

— Ninguno.

— ¡Oh, ese anciano acogiéndose bajo el amparo de sus canas, quiere burlarse de mí! exclamó Alberto con las manos crispadas y chispeantes de furor sus hermosos ojos.

— ¿Quiere el señor marqués tomar alguna cosa? se aventuró á preguntarle un criado.

— ¡Dejadme en paz! murmuró saliéndose al campo con precipitacion.

Los criados se miraban unos á otros sin poder explicarse aquel súbito arrebató de su jóven amo.

Este, sin detenerse un momento, se dirigió á la quinta de Clementina murmurando:

— ¡Qué me importa su prohibicion... yo he de seguirlos, he de ver á mi amada ó me vuelve loco el dolor y la ira! ¿Negarme su mano? ¡Oh, y lo he sufrido con calma!... Pero ¿quién me detuvo? ¡Ella, solo ella, es su padre, y su autoridad le salva! mas no logrará de-

jarme en esta incertidumbre cruel; voy á buscarle y le obligaré á que me dé una razon fundada que disculpe su negativa.

Embebido en estas reflexiones, siguió el sendero que se le presentó delante, y á poco se encontró frente á frente de la casa de don Gil.

Todas las puertas y ventanas estaban herméticamente cerradas; ó no habia nadie en ella ó sus habitantes hallábanse sumidos en un profundo sueño.

Alberto se acercó á escuchar si en el interior se sentia el ruido de los criados, y no dejó de alarmarle el sepulcral silencio que reinaba dentro.

— ¡Dios mio, si no habrá nadie! murmuró.

Sentóse, sin embargo, cerca de la puerta, decidido á esperar algunos minutos.

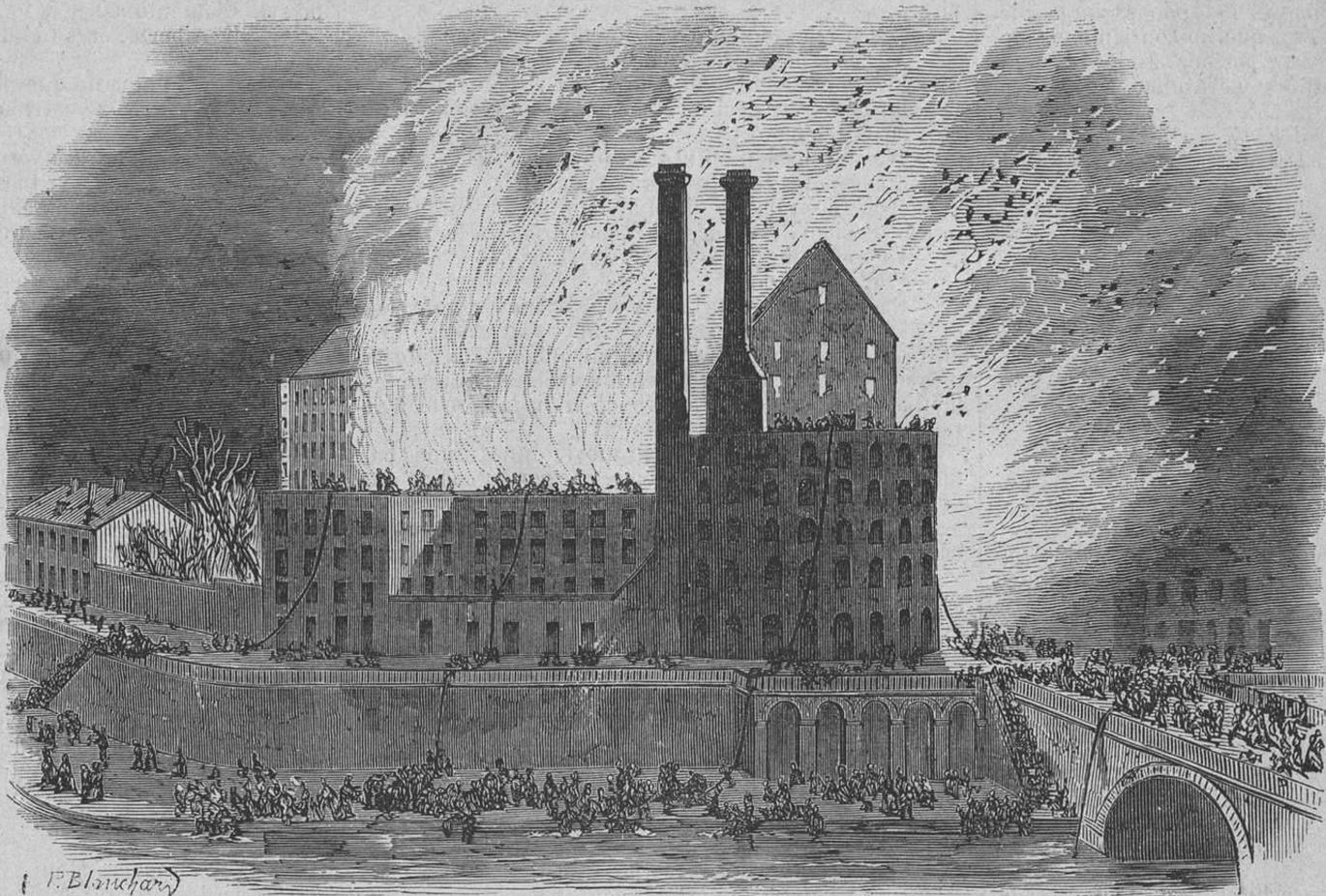
El sol ya blanqueaba con sus primeros resplandores las crestas de los cerros circunvecinos, y ese ruido misterioso de la naturaleza, unido al balar de los corderos que se dirigian al pasto, comenzó á sentirse en todo el valle.

Alberto no tuvo paciencia para esperar mas, se levantó y asiendo el llamador con mano trémula, le hizo resonar en la chapa de metal con un golpe fuerte y prolongado, cuyo eco se repitió con lúgubre sonido por el interior de la casa. Viendo que nadie contestaba, siguieron otros mas fuertes y repetidos, obteniendo por respuesta igualmente que el primero, el mas absoluto silencio.

(Se continuará.)



Medalla conmemorativa de la reunion del Véneto á la Italia.



Incendio de la hilandería monstruo Motte-Bossut y compañía en Roubaix.

la vida nueva, de la patria libre, de la nacion fundada.

P. G.

Incendio de la hilandería monstruo

DE ROUBAIX.

Hé aquí un dibujo en que se pinta el horroroso incendio que acaba de destruir la hilandería de algodón de M. Motte-Bossut, llamada en Roubaix la fábrica monstruo.

El fuego tuvo origen en los pisos interiores y luego, activado por el viento, se extendió por todas partes con una rapidez espantosa, y todo el establecimiento vino á ser presa de las llamas. En esta fábrica tenian ocupacion unos quinientos operarios.

A eso de las siete el fuego se comunicó á la hilandería de M. Bossut-Grimonprez que se encontraba enfrente y que tambien ha quedado destruida. En esta última trabajaban ciento cincuenta operarios y se conocia con el nombre de hilandería de la Union.

Por fortuna los edificios contiguos pudieron ser preservados de las llamas.

La pérdida total entre ambas manufacturas puede calcularse por lo menos en tres millones y medio de francos, pérdida cubierta por un crecido número de seguros.

L. C.